

INDRO MONTANELLI

EL GENERAL DE LA ROVERE



A Indro Montanelli lo arrestaron los alemanes en 1944. Lo condenaron a muerte y encarcelaron en San Vittore. Consiguió escaparse pocas horas antes de la ejecución.

En el presidio conoció a Giovanni Bertone, protagonista de este relato — inolvidable interpretación de Vittorio de Sica en la película de Rosellini—, conocido como el general de la Rovere y al que fusilaron en Fossoli. Personaje contradictorio, en territorio de nadie, traidor o héroe, granuja o mártir por Italia, inspiró con su muerte la narración de Montanelli en la que nos muestra un extraordinario caso de suplantación de personalidad.



Indro Montanelli

El general de la Rovere

ePub r1.3

Akhenaton 02.12.14

Título original: *El general della Rovere*
Indro Montanelli, 1959
Traducción: Domingo Pruna & Leo Caro
Calvo

Editor digital: Akhenaton
Retoque de cubierta: Piolin
ePub base r1.2



ADVERTENCIA

***E**STE BREVE RELATO no pretende ser absolutamente verídico, aunque tenga como protagonista un personaje que ha existido realmente: el recluso Giovanni Bertone, a quien conocí en la cárcel de San Vittore, en 1944, como general de la Rovere, y que fue fusilado en Fossoli junto a sesenta y siete detenidos más el doce de diciembre de aquel año.*

También se encuentran en él otros personajes reales: el famoso doctor Ugo, a quien yo y muchos otros más debemos la vida; Mike Bongiorno, que

fue mi compañero de celda y cuya presentación es superficial; el Feldwehbel Franz, y los agentes de vigilancia Sapienza, Ceraso y Tursini.

En cuanto a la reconstrucción de la singular peripecia que condujo al recluso Bertone a una muerte con honores de general, es enteramente fruto de la inventiva de Sergio Amidei y de Diego Fabbri, quienes junto a mí han reelaborado la trama de mi relato original para adaptarla a las exigencias del film Il generale della Rovere, dirigido por Roberto Rossellini e interpretado por Vittorio de Sica. Este pequeño libro no es sino la traducción en términos narrativos del

llamado tratamiento sobre el cual se ha basado el guión cinematográfico. O sea, que lo he escrito como una historia, no como una página de Historia.

Acaso algún lector encontrará banal esta advertencia para aclarar intenciones que, de hecho, en cualquier otro sitio serían sobreentendidas. Desgraciadamente, en nuestro país es necesaria, como lo demuestran infinitas y apasionadas controversias que el caso ha suscitado. Se me ha atribuido, quién sabe por qué, un propósito ofensivo para con los mártires de Fossoli y se ha pedido al Ministerio de Defensa la exhumación

de la sepultura del cadáver del traidor que yace en ella hace quince años.

No obstante, ¿fue verdaderamente un traidor Bertone de la Rovere? No lo sé. Sé solamente que cayó como aquellos que no lo eran. Y sé también que Jesucristo no se sintió ofendido por la vecindad de Barrabás. Como fuere, yo no me propongo juzgar a ese polivalente e inquietante personaje, quien acaso tampoco supo dónde y cómo cesó de ser un aventurero para convertirse en héroe, y cómo, una vez incorporado al drama, no se mostró ajeno a él. He tratado tan sólo de dar una explicación de ello. Y con la colaboración de Sergio Amidei y de

Diego Fabbri espero haberlo logrado.

INDRO MONTANELLI
Roma, 11 de julio de 1959.

I. INSTRUCCIÓN DE UN PROCESO

EN JUNIO DE 1945 se exhumaron los cadáveres de los sesenta y ocho fusilados de Fossoli del sepulcro donde se les enterró después de la matanza. Sus féretros, llevados a Milán, se alinearon en el Duomo para ser solemnemente bendecidos por el cardenal Schuster y donde recibieron el conmovido homenaje de la población.

Sobre uno de ellos no cayeron ni lágrimas de parientes ni flores de amigos. Estaba un poco arrinconado y

separado de los demás. Creo que yo fui el único que se detuvo delante de él y depositó encima del ataúd un ramillete de crisantemos, que compré en la puerta de la catedral. Pero confieso que lo hice furtivamente, un poco temeroso de que alguien me viese. No todos, seguramente, habrían comprendido aquel gesto de piedad hacía el general de la Rovere.

Su Excelencia Fortebraccio de la Rovere, general de tierra del ejército, amigo íntimo de Badoglio y consejero técnico de Alexander, había sido encerrado por los alemanes en la quinta galería de la prisión de San Vittore, exactamente un año antes. Lo capturaron

en Liguria, donde había desembarcado de un submarino inglés para asumir el mando de la Resistencia en la Italia del Norte aún ocupada.

Así me lo dijo por lo menos el vigilante Ceraso, mientras pasaba ante la mirilla de mi celda con un vaso en la mano, en el que flotaba una rosa que él mismo había ido a coger al Jardín para Su Excelencia. Había entrado el día anterior. En aquel momento estábamos fuera de nuestras celdas para vaciar los orinales, pero nos hicieron entrar de nuevo apresuradamente, como si la sola mirada de aquel hombre representase un peligro o un delito. Desde nuestras jaulas lo vislumbramos avanzar con

paso firme y cabeza erguida, custodiado por dos SS con la metralleta en ristre. Se detuvo precisamente ante la celda que estaba frente a la mía. Miró adentro. Dijo algo en tono perentorio al *Feldwehbel* Franz, que lo seguía. Este dio una orden a los dos vigilantes italianos, que se marcharon corriendo y volvieron poco después con una camilla, una mesa y un rústico lavabo. Ningún prisionero en San Vittore había recibido jamás semejante acogida.

Unos días después, Ceraso abrió mi puerta, me dijo que Su Excelencia quería verme e infringiendo la regla de aislamiento me custodió hasta él.

De la Rovere, que usaba monóculo,

mantenía cierto aire aristocrático, tenía las piernas arqueadas y la agilidad física propia de los oficiales de caballería.

Iba perfectamente afeitado, con los pantalones planchados y las uñas cuidadas. En aquel lugar infame donde todos, equiparados por la cochambre, nos tuteábamos sin distinción de rango ni de linajes, fue el único, después de mucho tiempo, que me trató de usted.

—Capitán Montanelli, ¿verdad? — dijo, sin tenderme la mano, ocupada en limpiar su monóculo con un pañuelo—. Sabía de su presencia aquí aun antes de desembarcar. Badoglio en persona me informó de ello en Brindisi. Su suerte es

seguida con viva simpatía, aun cuando con pocas esperanzas, por el Gobierno de Su Majestad. Sepa, no obstante, que el día en que caiga bajo el plomo del pelotón de ejecución no habrá usted cumplido más que con su deber, el más elemental deber de un oficial. ¡Descanse!

Sólo al escuchar estas palabras me di cuenta de que estaba en posición de firme ante él, con los talones juntos, las puntas de los pies igualmente separadas y equidistantes, los pulgares pegados a lo largo de la costura de los pantalones, exactamente como prescriben las ordenanzas.

—Todos nosotros estamos en vida

de manera provisional, ¿verdad? — prosiguió el general, limpiando con la uña del meñique izquierdo la del meñique derecho y contemplándolas con calma—. ¿Verdad? — prosiguió el general, limpiando plácidamente—. *Un novio de la muerte*^[1], como dicen los españoles. — Me miró sonriente, dio un lento paseo de un lado a otro por la celda, balanceándose sobre las arqueadas piernas, se detuvo de nuevo ante mí, limpió el monóculo y se lo caló—. Nosotros somos dos *novios* próximos a la boda. A mí ya se me ha comunicado la condena. ¿Y a usted?

— Todavía no, Excelencia — dije, un poco mortificado.

—Se la comunicarán —respondió él, en tono alentador—. Pero, por lo que me han dicho, también usted tendrá el honor de ser fusilado de frente, no de espaldas. Los alemanes, hay que reconocerlo, son rudos al exigir las confesiones, pero también caballerosos si se abstiene uno de hacerlas. Usted se ha abstenido. ¡Bravo! Le exijo que continúe negándose. Si siguiesen interrogándole con medios desproporcionados a sus posibilidades físicas... Puede suceder... Diga un solo nombre: el mío. Diga que obró bajo órdenes mías. Yo no tengo ya nada que perder y mi deber es ahora fácil. Se lo he dicho hasta a mi viejo amigo

Kesselring, que vino a interrogarme personalmente. No nos queda más que un deber, a nosotros, oficiales italianos: morir dignamente. Y en el fondo es bastante fácil absolverle. ¿De qué se le acusa a usted?

Se lo expuse sin titubeos. Su Excelencia me escuchó con la mirada fija en el suelo, como un confesor, y de vez en cuando movía la cabeza en señal de aprobación.

—Una situación clara —dijo al fin—, casi como la mía. Sorprendidos ambos en acto de servicio. Es una muerte en combate, en el campo del honor. No pueden dejar de fusilarle de cara. Es estrictamente reglamentario. De

cualquier cosa que le ocurra, infórmeme enseguida. Y ahora, ¡en su lugar, descanso!

Aqué! fue el primer día, creo, desde que estaba allí dentro —y hacía ya ocho meses— en que no pensé en mi mujer encerrada en otra celda y en vísperas de ser deportada, ni en mi madre, escondida en Milán, en casa de mi amigo Gaetano Greco, ni en mi padre, que se había quedado solo en Roma. Pensé solamente en la muerte, pero de modo cordial, como en una bellísima prometida de la cual yo sería el próximo novio en abrazarla. Al anocheecer pedí con insistencia a Ceraso que al día siguiente me procurase al barbero, y que

me trajese tijeras y una lima para las uñas. No podía, en verdad, no podía subir al altar con aquella bellísima novia del brazo con la barba crecida y las manos reducidas a semejante estado. Y cuando cayó la noche, desafiando al frío, me quité los pantalones antes de acostarme en el catre y los colgué de la reja para que recuperasen un poco la raya.

En los días sucesivos, a través de la mirilla, pude seguir las idas y venidas de Su Excelencia, mi vecino de enfrente. Se llamó a todos los prisioneros, uno tras otro, a despachar con él, y todos se le presentaron: incluso Mike Bongiorno, el futuro ídolo de la televisión, que

entonces tenía dieciséis años y había sido detenido por ser ciudadano americano.

Al entrar se ponían firmes y hacían una inclinación. Se quedaban dentro media hora o una hora, con Ceraso o Sapienza montando la guardia al otro lado de la puerta; y cuando salían, andaban más erguidos. Un camarero de hotel a quien siempre habíamos oído llorar invocando a mujer e hijos, después de uno de estos encuentros calló con digna compostura; y una vez que Franz lo sorprendió fumando y le azotaron con el *curbasc*, soportó el castigo sin quejarse. Ceraso me dijo que todos, tras la entrevista con el general

solicitaban, como había hecho yo, al barbero y pedían jabón. Hasta los guardias se afeitaban cada día, y ni llevaban ya el gorro ladeado. Procuraban hablar italiano en vez de napolitano o siciliano. En toda la galería no se notaba ya el desorden, ni se oía el alboroto de antes, y el propio teniente Schulze, cuando vino de inspección, alabó la disciplina que allí reinaba y la dignidad con la cual todos nos comportábamos. Por primera vez desde que nos dirigió la palabra no nos trató de «perros antifascistas» y de «sucios traidores badoglianos». Se limitó a proferir una lejana alusión al «rey felón»; y entonces, todos, sin previo

acuerdo, alzamos los ojos al cielo fingiendo no escucharlo, mientras su Excelencia, que también había sido convocado, pero que se mantenía un poco apartado de las filas como convenía a su rango, le volvió francamente la espalda al orador y, sin aguardar la orden de «rompan filas», se volvió a meter con paso lento en su celda. Y Schulze no rechistó.

Una mañana, sacaron a dos coroneles de sus celdas. Antes de salir se les preguntó por su última voluntad. Respondieron que querían despedirse del señor general, que los recibió en la puerta de su celda. Aquella fue la única vez que tendió la mano a los visitantes.

Acariciándose con ademán lento y displicente el pelo y ajustándose el monóculo, dijo sonriendo a los dos oficiales en posición de firmes algo que yo no comprendí, ciertamente alguna cosa cordial y afectuosa. Luego, de golpe, se cuadró y se llevó la mano a la sien. Los dos oficiales correspondieron al saludo. Estaban muy pálidos, pero sonreían y jamás habían sido tan coroneles como en aquel momento. Supimos más tarde que, al caer, ambos gritaron: «¡Viva el rey!».

La tarde de aquel mismo día me llamaron para un enésimo interrogatorio. Pero para mi gran sorpresa, en vez de frente a Schulze me encontré ante mi

madre y el doctor Ugo, el misterioso confidente de la Gestapo que habría de salvar a muchos de nosotros, incluyendo a Ferruccio Parri. Mi madre, que volvía a verme después de mi captura, me puso al corriente con voz entrecortada del plan preparado para mi fuga. Al día siguiente, con una falsa orden de traslado de la cárcel de Milán a la de Verona, me sacarían de la celda para montarme en un coche que jamás habría de llegar a Verona, pues se desviaría hacia la frontera suiza donde me aguardaba un sacerdote que me guiaría para acompañarme hacia el otro lado. Volví descompuesto a la galería bajo la custodia de Ceraso. Al pasar ante la

celda del general, lo vi sentado en el borde de la cama, leyendo, y me detuve. Dejó el libro y me miró largamente; luego hizo una señal al visitante de que se alejase. Y siguió mirándome.

—Una vez más ha callado, ¿verdad?
—me preguntó en tono de firmeza.

—No he sido interrogado, Excelencia —contesté—. Simplemente me han informado de que mañana tendré ocasión de escapar de esta cárcel —hice una pausa. El general había fruncido el ceño con expresión de sorpresa—: ¿Tengo derecho a aprovechar esa ocasión?

El general se puso de pie y fue hacia la ventana volviéndome la espalda.

Luego se volvió atrás y, recalcando las palabras, me dijo:

—No tiene derecho. Tiene el deber... ¡Adiós, capitán!

No volví a ver más a de la Rovere. Al día siguiente, antes del toque de diana, yo estaba ya en la oficina de registro donde me preparaban la «autorización de traslado» a la cárcel de Verona, donde no me esperaban.

Un año exacto había transcurrido desde entonces. Y sólo aquel día, en la catedral de Milán, volví a encontrar a ese hombre, pero encerrado en un féretro sobre el cual no caían ni lágrimas de parientes ni flores de amigos, salvo mis pocos crisantemos.

Una placa de metal con el nombre de Giovanni Bertone lo distinguía entre los otros sesenta y siete restantes.

II. FABIO GRIMALDI O EL GENERAL DE LA ROVERE

ERA EL ALBA de un día de primavera de 1944. Un coche militar alemán procedente de la vieja carretera de los Giovi se disponía a torcer por un cruce cuando estalló un neumático y perdió la dirección. El conductor logró frenar a tiempo. El suboficial de las SS saltó a tierra, examinó la cubierta y extrajo un clavo

de cuatro puntas.

—Mire, mi coronel —dijo, mostrándolo al oficial que asomó la cabeza por la ventanilla posterior—. Otro maldito clavo de esos malditos partisanos de este maldito país... Es el cuarto, y no tenemos más neumáticos de recambio...

—Busque un teléfono y llame al mando de la Gestapo de Génova.

¡Un teléfono! El sargento miró alrededor como si esperase ver alguno entre las rocas. En cambio, vio a un hombre que cruzaba el viaducto.

—¡Eh, usted! ¡Manos arriba! ¡Acérquese! —le gritó en alemán, amenazándolo con la pistola.

El hombre se pegó a la pared.

—¡Le he dicho que se acerque! —
volvió a gritar el suboficial.

—Es inútil gritar, sargento —
intervino el coronel, apeándose del
coche—, sobre todo en una lengua que
ese paisano probablemente no conoce.
—Y dirigiéndose al viandante añadió en
perfecto italiano—: Dispense, señor,
¿podría indicarnos un teléfono?

Tranquilizado por aquel tono cortés
el hombre se acercó. Rozaba los
cincuenta y vestía con distinción.

—A estas horas no es fácil —dijo
—. Los bares están cerrados... ¿Han
pinchado?

—Por cuarta vez y ya no nos quedan

ruedas de recambio.

—Si es sólo eso, ahí detrás del recodo hay un garaje.

—Gracias —dijo el coronel. Y tradujo al alemán la información a sus hombres, que salieron a paso ligero—. ¿Un cigarrillo? —ofreció, acercando una pitillera de oro al viandante.

—Gracias —dijo éste, cogiéndola y tendiendo a su vez una cerilla encendida.

—¿Genovés?

—Napolitano.

—¡Ah, Nápoles...! El año pasado, precisamente en esta época, estaba en Nápoles, en el Hotel Vesubio. Por la mañana abría las ventanas y tenía el mar

ante mí... Mergellina... Posilipo... Capri... Sorrento... Nos ha disgustado mucho dejar Nápoles... En cambio, sus conciudadanos se pusieron tan contentos, que nos tiraban cosas de alegría.

—Bueno, yo, en realidad, no soy precisamente napolitano, pues nací en Sora y, a decir verdad, me considero más bien romano.

—Tampoco en Roma nos quieren mucho.

—¿Reside usted allí?

—He vuelto a residir. Hasta cursé en ella parte de mis estudios. Pero ahora llevo seis meses en Milán.

—¿Se encuentra bien allí?

—En absoluto. Clima desagradable, habitantes hostiles y rebeldes. A ustedes los italianos no les agrada mucho esta guerra.

—En general, decimos que no queremos la guerra..., ni aun cuando es justa y necesaria como ésta...

—¿Cree usted que es justa y necesaria?

—¿Usted no, señor...?

—Müller. Coronel Wilhelm Müller...

—Grimaldi... Ingeniero Fabio Grimaldi...

—Grimaldi... Grimaldi... Conocí a un Grimaldi hace muchos años... Era director y compositor de música...

¿Paciente suyo, quizá?

—¡El maestro Grimaldi era mi tío, coronel...! ¡Pobre hombre!

—¿Por qué? ¿Ha muerto?

—Hace dos meses. Diabetes.

—¡Oh, cuánto lo siento! Fue mi profesor. ¡Cuánto lo siento! Ah, aquí vienen mis hombres con la rueda arreglada... Su información nos ha sido muy valiosa, ingeniero. Espero tener el gusto de volverle a ver...

—Yo también, coronel...

El hombre se alejó. Pero apenas volvió la esquina, sacó del bolsillo un manojito de llaves y se puso a tocarlas escrupulosamente.

El sol se estaba poniendo cuando

Grimaldi entró de puntillas en una alcoba que olía a afeites ordinarios y a cremas de baja calidad. Se quitó la chaqueta, la arrojó sobre un diván, se desanudó la corbata y tras sentarse en una butaca, se dispuso a quitarse los zapatos.

—¿Qué hora es? —preguntó una voz ronca de mujer.

—Las cinco y media. Duerme, gorrioncito.

Del gorrioncito sólo se veía una masa de pelo negro que formaba una mancha sobre la almohada. Pero el drapeado de la sábana acusaba curvas más bien pronunciadas.

—¿También has perdido esta noche?

Grimaldi no contestó.

—Me gustaría saber por qué juegas, si pierdes siempre.

—¿Ha telefoneado alguien?

—No lo sé; pregúntaselo a Maria.

Descalzo, salió al corredor, lo atravesó y, sin llamar, abrió otra puerta.

—¿Quién va? —dijo una voz asustada de mujer.

—Soy yo, estrellita. ¿Ha telefoneado alguien?

La muchacha, que se despertó de un sobresalto, se incorporó sobre las almohadas sin cuidar demasiado de taparse.

—Ha telefoneado dos veces el abogado Borghesio.

—¿Nadie más?

—No... Es decir, sí: la señora Camelli.

—Cantelli, estúpida. ¿Qué dijo?

—Dijo: «diga al coronel que han liberado a mi hermano».

—¿¿Cómo, liberado?!

—Pues ¿qué sé yo?

—¿Liberado...? ¿Estás segura?

—Eso dijo.

—¡Oh, maldita sea! Liberado, ¿comprendes? ¡Ahora ponen en libertad a gente así, gratis, esos cretinos...! ¿Gratis?

—Además, han traído un paquete. Está en el comedor. No sé lo que contiene.

—Yo sí que lo sé, hasta sin abrirlo... ¡Salchichones! ¡No saben enviar más que salchichones! Nuestras cárceles deben de estar llenas de enfermos del hígado.

Y salió rezongando:

—¡Liberado...! ¡Lo han puesto en libertad!

Entró en el dormitorio sin hacer ruido, y permaneció un instante escuchando la respiración de su mujer. Convencido de que estaba dormida de nuevo, comenzó a hurgar con circunspección primero en la cómoda y luego en los cajones.

—Es inútil que busques —le advirtió una voz—. Los he escondido.

—Gorrioncito, es por un par de días
—respondió él acercándose a la cama
—. Te juro que los desempeñaré
enseguida.

—¿Como los pendientes?

—Escúchame, Valeria. Quiero ser sincero. Se trata de una cuestión de vida o muerte, no de una deuda de juego. Si durante el día de mañana no entrego cincuenta mil liras a Walter, mandarán a Alemania al hijo de Borghesio.

—¿Y a mí qué me importa?

—No seas inhumana, gorrioncito. Me bastaría con aquel collarcito...

—Y con aquel espejito y aquella cadenita... No. Si quieres algo, coge, entonces, el anillo que me regalaste el

mes pasado: ése con el zafiro oriental. Está ahí, sobre la cómoda.

El hombre titubeaba con aire avergonzado.

—Creíste habérmela dado con queso, ¿eh? ¡Pobre atontado! Todavía ha de nacer quien se la dé con queso a Valeria... No dije nada porque soy una señora.

En aquel momento el coronel Müller salía del baño y, poniéndose una bata de toalla, entró en el dormitorio, donde, ante el té humeante, lo aguardaba el capitán Schrantz.

—Bienvenido, mi coronel.

—Gracias, capitán. Ha tenido usted olfato al elegir este hotel como sede de nuestras oficinas. Bonitas habitaciones, servicios eficientes... Una gota de leche, gracias... Necesitaba verdaderamente un té caliente, después de ese pésimo viaje... Cuatro neumáticos al traste y el ametrallamiento de un caza a la salida de Tortona... Pero no podía explicarle por teléfono los motivos... Siéntese, capitán. Y atiéndame bien... Tengo todas las razones para suponer que la próxima noche, entre las dos y las cuatro, desembarcará en cierto punto de la Costa de Levante que luego le diré el general de la Rovere. No sé quién será,

pero tiene un hermoso nombre. Y parece que su misión reviste cierta delicadeza. Creo que vendrá en submarino. De cualquier modo, el desembarco será anunciado por un mensaje que dirá: «Ha llegado el afinador...». Nosotros lo dejaremos llegar. Actuaremos cuando tengamos la absoluta seguridad no sólo de capturarlo, sino de capturarlo vivo... ¿Me he explicado, capitán? Vivo... El hombre debe de saber muchas cosas... Y solamente hablan los vivos. Los muertos, no... Este té es excelente. En Milán es pésimo... Ahora déjeme descansar un par de horas... Pero, mientras tanto, empiece a estudiar los puntos de posible ataque para un

sumergible entre Santa Margherita y Camogli... Es necesario saberlos y controlarlos todos... Usted dirigirá personalmente la operación...

Debajo de la habitación reservada al coronel Müller estaba la de las «informaciones» señalada con el número 25. Toda Génova la conocía al menos de oídas. Quienquiera que tuviese un pariente o un amigo en la cárcel, era allí donde acudía a buscarlo, a pedir noticias, a solicitar permiso para mandarle algo. Un mostrador transversal separaba a los visitantes de los funcionarios: un sargento, un soldado y una mecanógrafa, los tres más bien corteses y casi afables.

La oficina se abría al público a las ocho. Pero aquella mañana, desde las siete y media, dos señoras —una anciana y la otra joven— estaban sentadas en uno de los cuatro bancos que amueblaban la antesala. Pese a la ropa un poco usada, se adivinaba que pertenecían a una familia acomodada. La anciana tenía los ojos enrojecidos por el llanto y el rostro descompuesto de dolor. La joven, en cambio, parecía petrificada, y su mirada, aunque la posara sobre su compañera, mostraba algo de dureza y hostilidad.

Fueron las primeras en ser atendidas. Y fue la anciana quien proporcionó al sargento Walter las

informaciones sobre su caso.

—Se trata de mi hijo... Ésta es mi nuera... El teniente Michele Riva... Lo detuvieron el jueves pasado en Savona. Y no sabemos por qué, ni adonde le han conducido. Mi hijo jamás se metió en política. Ha combatido en África y en Albania. Hasta le concedieron una medalla de plata.

—¿Ha dicho Riva, señora? — preguntó el sargento, hojeando un registro.

—Riva, Michele, hijo del difunto Tommaso... Detenido el jueves pasado...

El sargento encontró el nombre y se quedó mirándolo. Pero no podía verse

qué expresión tenía su rostro, pues lo tenía inclinado sobre la hoja. Lo alzó al oír una voz que le decía en mal alemán:

—*Guten Morgen...* ¿Molesto?

En la puerta apareció Grimaldi con el uniforme de mayor de la Guardia Nacional Republicana.

—Siéntese, mayor... ¿Puedo servirle en algo?

—Por favor... Primero las señoras.

Y se inclinó ante ellas dando un taconazo.

—Al teniente Michele Riva —dijo Walter, sin dejar de mirar el registro e imprimiendo a su voz cierta solemnidad — lo detuvieron acusado de pertenecer a bandas armadas que operan contra la

seguridad de nuestras tropas y contra el Gobierno legítimo de Saló.

—¿Legítimo? —saltó la joven.

Walter se encogió de hombros.

—Dispénsela —dijo la señora anciana—, mi nuera está casada hace tan sólo unos meses y la ha trastornado tanto... Son momentos tan difíciles...

—Ah, sí —intervino el mayor, acercándose—, son momentos terriblemente difíciles para todos. Y haría falta mucha comprensión por ambas partes... Desgraciadamente, esta campaña de odio...

—¡Vámonos, mamá! —suplicó la joven, llevándose a la vieja señora—. ¡Vámonos! ¿No te dije que no hacía falta

venir siquiera?

Cuando desaparecieron, Grimaldi le guiñó un ojo a Walter, quien abrió una puertecita y lo invitó a entrar en su despacho.

—He visto al abogado —murmuró el mayor en tono de conspiración—. No he podido encontrar las cien mil liras, pero en compensación me ha dado algo que vale cien veces más. ¡Mira qué maravilla! Un zafiro oriental montado en platino... Las piedras no temen la inflación...

—Lo siento mucho, pero yo quiero las cien mil liras.

—No digas tonterías. Esto vale lo menos trescientas mil...

—Tanto mejor para ti. Lo vendes y te metes doscientas mil en el bolsillo. Yo quiero los cuartos. El dinero, o mañana tu protegido se va a Alemania en un vagón precintado... ¿Has comprendido?

El mayor llegó al final de la escalera más bien deprimido, pero se reanimó al ver a las dos Riva que se habían entretenido en el *hall*. Evidentemente, la anciana quería hacer otra tentativa y la joven trataba de disuadirla.

Grimaldi se quedó pensativo durante unos momentos. Pero se dirigió hacia ellas. Y, rozándolas, murmuró

apresuradamente:

—Sígueme hasta el bar de enfrente. Pero sin hacerse notar, por favor...

Y desapareció a través de la puerta giratoria. Las dos damas se miraron. Y cuando la joven estaba a punto de decirle algo, la otra le advirtió con una energía de la que hasta entonces no había dado prueba.

—No me interesa saber quién es ese hombre, ni lo que quiere o puede hacer. Mi hijo se halla en peligro de muerte. Yo, su madre, tengo el deber de intentar cualquier cosa por salvarlo. Tú, decide lo que quieras...

Se marchó, sola. La nuera la alcanzó en la acera y se puso a su lado sin decir

palabra. El bar estaba atestado, pero el mayor las esperaba apoyado en la barandilla de la escalera del fondo. Al verlas entrar, empezó a subirla. Las dos señoras lo siguieron a distancia hasta el altillo, donde había otro salón semidesierto que a través de una gran cristalera daba a la calle.

—Con su permiso..., mayor Grimaldi —dijo el oficial, dando un taconazo e inclinándose antes de sentarse—. Siéntense... —Dio unas palmadas y cuando acudió el camarero pidió tres cafés—. Les ruego perdonen la manera brusca con que las he invitado a seguirme. Pero espero que hayan comprendido las razones de ello. El

uniforme no me protege de las sospechas, todo lo contrario. No es fácil de llevar...

—Nadie le ha obligado... — interrumpió la joven.

—No, ciertamente. Nadie me obligaría siquiera a socorrer, en el límite de lo posible, se entiende, a quienes están en apuros... Y usted, señora, me parece que está con el agua al cuello, si he comprendido bien su caso... Por otra parte, estas cintas azules creo que me eximen de justificarme... Hay momentos en los que es muy difícil decidir cuál es el camino del deber y del honor. Nadie puede estar seguro de haber elegido el justo... Por

lo que he oído, su hijo y su marido ha escogido el opuesto al mío... No, no, no quiero saber hasta qué punto se ha complicado y lo que ha hecho. Sé tan sólo que en este momento es él quien me necesita a mí... ¿Tiene usted algo que objetar, señora? —preguntó el mayor.

La joven calló, con gran alivio de la suegra, que murmuró con una voz en la que temblaba la esperanza:

—¿Puede usted verdaderamente hacer algo?

El mayor encendió un cigarrillo en espera de que el camarero hubiese servido las consumiciones.

Luego respondió lentamente:

—No lo sé, señora. Creo ser uno de

los pocos oficiales italianos en los que los camaradas alemanes tienen confianza. Tal vez porque jamás les he ocultado que cuando un italiano está en peligro yo no dejo de intentarlo todo por salvarlo cualquiera que sea el campo en el que milite... Y no me fijo siquiera en los medios... ¿Me explico?

—¡No! —dijo la joven.

—¿No?

—Escuche, mayor, es mejor hablar con claridad. Cuando dice «medios», ¿usted qué entiende? ¿Dinero? ¿Y cuánto?

—¡Pero, Carla! —imploró la suegra.

—No le reprenda, señora —dijo Grimaldi con indulgencia—. Su nuera ha

captado perfectamente el nudo del problema. Sólo comete el error de creer que este problema lo he creado yo... No, yo lo sufro como todos. Y si alguna culpa tengo, es la de querer ayudar a los demás a levantarse cuando tropiezan...

—¿Entonces...? —insistió la joven —. ¿La tarifa?

—Tampoco soy yo quien la fija... Pero espero hacérsela saber cuanto antes. Dígame dónde y cómo...

—Nuestra casa está en Savona —se apresuró a responder la suegra—, pero en este momento vivimos en el Grand Hotel de Génova... Puede encontrarnos a cualquier hora del día. Señoras Maria y Carla Riva... Perdona, mayor, las

palabras de mi nuera... Es tan joven y está tan trastornada...

—Naturalmente, señora... Dijo Grand Hotel, ¿verdad? Espero poder darles algunas noticias mañana mismo...

A través de la cristalera vio alejarse a las dos señoras por la acera; la joven delante, seria y altiva, y la anciana detrás, en actitud suplicante. Echó unas monedas sobre la mesa y salió a su vez.

Media hora después llamaba a la puerta de un *carrugio*^[2].

—Está cerrado. Se abre a las dos — rezongó una voz de mujer desde el otro lado.

—Ábrame, por favor. He de comunicar algo urgente a la señorita Olga. Soy un pariente suyo.

La puertecita se entreabrió y un rostro de vieja comadre apareció en el quicio.

—Está comiendo —dijo, mirándolo recelosa.

—No importa: llámela igualmente.

La vieja se puso a subir arrastrando las chancletas y desapareció por el primer rellano. Se escuchó un rumor de voces, que se apagó enseguida como cuando se abre y se cierra una puerta.

Luego otra voz descendió de lo alto:

—¿Quién es?

—Soy yo, Olga —respondió el

mayor, tras haber subido unos peldaños para que pudieran verlo.

Inclinada sobre la barandilla del rellano, Olga, acaso por el uniforme, de momento no lo reconoció. Luego se estremeció:

—¡Giovanni!

Grimaldi apresuró el paso, tendiendo los brazos como para abrazarla. Pero el rostro de Olga, ya de por sí más bien duro, se ensombreció de improviso.

—¿Cómo has sabido que estaba aquí?

—Hace unos días me encontré con una amiga tuya...

—¿Qué amiga?

—Evelina.

—¿Hace unos días? ¡Pero si lleva dos semanas fuera...!

—Quería venir enseguida, pero..., como ves, me han llamado a filas.

—Ya lo veo. Deben de tener verdadera necesidad de hombres para... Y ahora, ¿por qué has venido?

—Pues... Tenía ganas de volver a verte. Y pensaba que tú también las tendrías...

—¡No me digas...!

—¿Me he equivocado?

—Sí, te has equivocado... Te has equivocado de veras...

Grimaldi inclinó la cabeza.

—Bueno, entonces dispénsame,

Olga, si he interrumpido tu almuerzo...
Adiós...

Y sin levantar la vista del suelo empezó a bajar las escaleras. Estaba casi abajo, cuando otra voz resonó en el rellano:

—¡Olga, que se te enfría todo!

Grimaldi se volvió y vio asomarse a una mujerona vestida de negro.

—¡Señora Vera! —exclamó.

—¡Giovanni...! ¿Tú aquí?

Grimaldi volvió a subir de dos en dos los peldaños y fue a refugiarse sobre el pecho de la mujerona, que le había abierto los brazos.

—¿Cómo está, señora Vera? ¿Cómo usted aquí, en Génova?

—La casa de Livorno fue bombardeada. He tenido que abrir otra aquí... ¿Has comido?

—La verdad, no, todavía no...

—Come un bocado con nosotras...

Que no, hombre, no molestas, no digas estupideces. Nos complace mucho... ¿Verdad, Olga?

—¿Por qué me lo pregunta? Usted es la dueña e invita a quien quiera...

—¡Uf, qué mal carácter, hijita! Si no te moderas un poco... Chicas, venid aquí. Os presento a un viejo amigo mío y de Olga...

Las chicas eran siete y acogieron con visible agrado a aquel único comensal masculino, y más si iba de

uniforme. Grimaldi se sentó a la derecha de Vera, que le llenó el plato de sopa, y justo enfrente de Olga. En el salón, de un estilo *liberty* barato, como en el resto de la casa, reinaba una atmósfera familiar y cálida. Muchas vírgenes velaban en las paredes, cada una con su lamparilla encendida.

—¡Fíjate bien, Giovanni querido! Hoy me esperaba cualquier cosa menos volver a verte, y con este traje... Hiciste bien, ¿sabes? Hiciste bien en alistarte. Para mí, fíjate, quien no se alista con la excusa del antifascismo es un emboscado... ¿Dónde estuviste estos dos últimos años?

—Un poco por aquí, un poco por

allá...

—Un poco arriba, un poco abajo...

—añadió Olga, con el mismo tono.

Grimaldi la miró con una sonrisa algo amarga.

—Exactamente así: un poco arriba, un poco abajo... —Y volviéndose a Vera, añadió con tono jovial—: Usted, en cambio, siempre arriba... La encuentro muy bien... ¿Qué tal va el trabajo?

—Así, así... Con el toque de queda a las nueve, comprenderás que... Además, la gente tiene demasiadas preocupaciones. Y ya sabes lo que se dice...

—Lo sé. Lo sé por experiencia,

porque también yo tengo muchas preocupaciones... La incorporación a filas... No he hecho nada para evitarlo, porque yo pienso igual que usted, señora Vera... Pero me ha caído encima cuando me estaba dedicando a una nueva actividad... Bien es verdad que a lo mejor puedo llevarla adelante igualmente...

—¿De qué se trata?

—Compro y vendo joyas...

—Como antes... —interrumpió

Olga.

—No, no como antes. Aquellas joyas de entonces ya no puedo comprarlas y, por lo tanto, mucho menos venderlas... Ahora compro y vendo

estas...

Y se sacó del bolsillo el anillo con el zafiro. La señora Vera lo cogió, se puso las gafas para verlo mejor y se lo mostró a las chicas, que se habían agrupado a sus espaldas. Todas ellas gorjearon a la vez:

—¡Qué bonito! ¡Qué maravilla! Déjame verlo... Permíteme...

Solamente Olga no hacía caso y seguía contemplando al mayor, que rehuía su mirada.

—¡Magnífico! —exclamó la señora Vera.

—Ah, sí, no es por decirlo... Es de la mujer de un jerarca que lo está pasando mal: el marido sé que ha

quedado en Sicilia... Es un momento propicio para comprar: hay muchísima gente que pasa apuros y malvende... Desgraciadamente, hace falta un capital que yo no tengo. Es una inversión segura, pues la lira va rodando, en tanto que las piedras... Pero yo he de contentarme con ser intermediario... Esto, de poder guardarlo en una caja de caudales, dentro de seis meses es medio millón. Pero entre yo y las cajas de caudales siempre hubo incompatibilidad de caracteres; así que he de conformarme con una comisión de diez mil liras sobre las cien mil que cuesta.

La señora Vera continuaba jugando con la alhaja en sus manazas, pálidas y

sudorosas, tentada pero a la par temerosa.

En un momento de silencio resonó la voz de Olga:

—Lo compro yo.

—¿Tú? —dijo Grimaldi—. Si ni siquiera lo has visto...

—No lo compro por gusto, sino por negocio... ¿No has dicho que es una inversión segura?

—Sin duda, lo es. Pero... creo que la señora Vera tiene prioridad...

—No, no —dijo la mujerona—, por favor... Si ella lo quiere...

—Voy a buscar un cheque —dijo Olga, levantándose.

—Pero... verdaderamente...

—¿No te fías?

—Claro que me fío, pero...

Olga había desaparecido ya.

—No la veías hace mucho tiempo, ¿verdad? —murmuró la señora Vera—. Ha cambiado mucho... Siempre está nerviosa, se pelea con todo el mundo... ¡Qué lástima! Una mujer guapa como ella, joven aún... Si no fuese porque la quiero como a una hermana...

Pero se calló al ver entrar a la chica. Olga firmó el cheque y se lo tendió al mayor.

El hombre lo tomó sin decir nada. Luego, lentamente, lo dobló en dos partes, luego en cuatro, después en ocho. Y sin levantar los ojos sobre los

presentes, lo rompió en trozos pequeños, se levantó y, ante el estupor general, salió de la estancia.

Había bajado algunos peldaños, cuando la voz de Olga lo llamó:

—¡Vanni!

Se volvió para mirarla. Ella le tendió el anillo. Grimaldi lo arrojó al suelo y lo pisoteó con el tacón, haciéndolo añicos.

—Si lo hubiese comprado la señora Vera o alguna de las chicas, ¿habrías aceptado el dinero?

El mayor asintió.

—¿Y por qué de mí no?

—¿Y tú por qué me has dado el dinero sabiendo que el anillo es falso?

Olga le puso una mano en el hombro.

—Sube —le dijo.

Él la siguió dócilmente.

Cuando estuvieron en la habitación, Olga abrió un pequeño cajón de la cómoda, sacó un fajo de billetes de mil liras y lo tiró sobre la cama.

—Es todo lo que tengo. Habrá unas ochenta mil liras... ¿Te bastan?

Y al ver que él no se movía, se los metió ella misma en el bolsillo de la chaqueta.

—Olga, ¿por qué haces esto?

—No lo sé. Sé tan sólo que lo hago gustosamente. Y hoy día son tan pocas las cosas que hago a gusto... Ahora bien, vete de aquí y no vuelvas más.

¿Has comprendido, Giovanni? ¡Nunca más!

—¡Niñas, al salón! —resonó la voz de la encargada.

Olga salió.

Grimaldi, al quedarse solo, sacó del bolsillo los billetes de mil e hizo un ademán de tirarlos sobre la cama. Pero se contuvo y empezó a contarlos. Eran ochenta y dos mil. Permaneció un momento indeciso. Luego, con un encogimiento de hombros que era a la par de despreocupación y de desprecio para consigo mismo, los dobló y se los metió de nuevo en el bolsillo.

Al bajar las escaleras, se cruzó con Olga, que subía precediendo a un

cliente. Ella desvió la mirada. Grimaldi tenía la suya clavada en el suelo.

Antes de tomar un taxi, se detuvo en otro bar, adquirió una ficha, la introdujo en la ranura del teléfono y, al obtener línea, marcó un número:

—¿Oiga...? ¿Está el abogado...? ¡Ah! ¿Es usted, señora...? Bueno, cuando vuelva dígame que todo está a punto... Señora, por favor, le contaré los detalles a su marido mañana. Pero me apremiaba, entre tanto, tranquilizarles a ustedes completamente... Le repito que todo está a punto... ¿Va bien? No me dé las gracias, señora. Hasta la vista.

Subió al vehículo y cuando llegó

frente al hotel se apeó diciéndole al conductor que lo aguardase. Subió casi corriendo la escalera hasta la habitación 25. Pero Walter no estaba. La mecanógrafa le dijo que había tenido que ir de servicio a Sestri y que no volvería hasta última hora de la tarde. El mayor esbozó un gesto de despecho. Descendió la escalera con paso lento y, subiendo de nuevo al taxi, dio otras señas al chófer. Luego lo pensó mejor y lo hizo cambiar de dirección. Pocos minutos después atravesaba la verja de un hotelito de la periferia, cruzó el pequeño jardín, llamó a una puerta y cuando oyó que corrían la mirilla, gritó su nombre. La puerta se abrió sobre un

hall presuntuoso. Grimaldi anduvo con paso seguro hacia la derecha, abrió una puerta y al entrar gritó:

—¡Banco!

Algunas personas de ambos sexos se apiñaban alrededor de una mesa cubierta con un tapete verde. Todos se volvieron a mirar con cierto respeto al recién llegado que, con el monóculo calado, avanzaba con aires autoritarios. El *crupier*, con la espátula, le puso delante dos cartas. Grimaldi las miró y las tiró abiertas sobre la mesa.

—¡Ocho!

—¡Nueve! —respondió el *crupier*, descubriendo las suyas.

—*Suivi!* —replicó el mayor,

sentándose en medio de los jugadores que se habían apresurado a hacerle sitio.

Cuando, a las dos de la madrugada, las sirenas de la defensa antiaérea se pusieron a aullar, Grimaldi no tenía en el bolsillo más que tres de los ochenta y dos billetes de mil que Olga le había dado.

—¡Banco! —repitió en medio del general barullo.

Pero nadie le hizo caso. Metiéndose precipitadamente en el bolsillo las fichas y derribando sillas y copas, todos escaparon a refugiarse en el paso subterráneo contiguo. Grimaldi se repartió las cartas a sí mismo y a un adversario imaginario. Luego descubrió

las propias: había hecho nueve. Descubrió las del adversario: había hecho siete. Se escucharon, lejanos, los estallidos de algunas bombas. Grimaldi repartió de nuevo las cartas: hizo siete y el adversario seis. Otra racimo de bombas estalló más cerca y la luz se apagó. Grimaldi encendió una vela y siguió jugando. Ocho, nueve, nueve, ocho... Seguramente, por vez primera en su vida le sonreía la más descarada, pero también la más inútil de las fortunas.

En el mismo momento en que se desarrollaba aquel duelo entre el cielo y

la tierra, un submarino británico emergía cautamente a la superficie del mar de Canogli. Los marineros botaron una lancha de goma y ayudaron a subir a ella a un hombre vestido con una sahariana y unos pantalones de pana embutidos en polainas de cazador.

—¡Gracias! ¡Buena suerte! —gritó el hombre al comandante que le despedía con la mano desde la toldilla.

—*Good luck!*— respondió éste, disponiéndose a seguirlo con el catalejo.

La lancha desapareció en la oscuridad. Transcurrió media hora. Después, desde tierra firme, al mismo tiempo que cesaba la señal de alarma, llegó el parpadeo de luz de una lámpara

de bolsillo. El comandante exhaló un suspiro de alivio, y antes de ordenar la inmersión, entregó una nota al radiotelegrafista que se encontraba a su lado. Un instante después, la estación de radio aliada en Nápoles recibía un mensaje cifrado que decía: «Por la Franchi... Ha llegado el afinador».

El afinador, una vez hundida la lancha, se acurrucó detrás de una roca en espera del alba. Era un hombre de unos cincuenta años, de perfil aguileño y pelo cortado a lo cepillo. No parecía en absoluto emocionado por aquella aventura. Ocultando la cabeza en una oquedad de la roca, encendió un cigarrillo. Luego extrajo la cartera del

bolsillo y examinó uno tras otro los papeles. Una fotografía de mujer lo dejó perplejo. Pero tras un breve titubeo la rompió en pequeños pedazos que luego enterró en un hoyo excavado en el suelo.

Se había quedado casi dormido cuando la claridad del cielo le advirtió que había llegado el momento. Debía conocer muy bien los parajes, pues se encaminó resueltamente por un sendero que al cabo de un centenar de metros desembocaba en la carretera. El afinador se asomó a ella con circunspección para explorarla. Estaba desierta. Pero por el recodo de un viraje, un poco más allá, aparecía el morro de una camioneta.

El afinador se fue en aquella dirección y vio a un hombre al volante, enfundado en un impermeable, que le hizo señas de subir a su lado. Obedeció ágilmente. Pero mientras se cerraba la portezuela a sus espaldas y el motor se ponía en marcha, sintió un cañón de pistola en la nuca. La empuñaba uno de los dos SS agazapados detrás. En medio de ellos había otro hombre de paisano, pero desplomado contra el respaldo; un hilo de sangre le manaba de la boca.

No se pronunció palabra alguna. Petrificado, el afinador se sentó de espaldas a los dos hombres armados, con las manos en alto. No tardó mucho en comprender que el muerto debía de

ser el partisano que venía a esperarlo. Y aún menos tardó en darse cuenta de que muy pronto habría de envidiar su suerte.

No fue, pues, con la esperanza de salvarse, sino tan sólo por el deseo de acabar cuanto antes por lo que, cuando el vehículo aminoró la marcha en una curva, empujó con el codo la manilla de la portezuela y, una vez abierta, se lanzó afuera.

—¡No disparéis! ¡No disparéis! — rugió en alemán el conductor, dando un súbito frenazo. Pero una ráfaga había crepitado ya, y el hombre, que intentaba incorporarse, cayó abatido junto al borde del precipicio.

—*Dumm...!*

Verrucht...!

Schwein...! —gritó el chófer al que disparó, al acudir al lado del caído, que lanzaba estertores.

Los subalternos de Müller decían de él que sería capaz de leer con tono aplacado y voz cortés hasta la condena de muerte de su propia madre. Schrantz tuvo confirmación de ello cuando, con la cabeza inclinada, hubo de referirle lo acaecido. El coronel, en bata, escuchó hasta el final, sin interrumpirlo nunca, sorbiendo su té. Luego alargó los brazos.

—Me desagrada, capitán. Creí poder contar con usted. Y me ha

decepcionado. Le encarecí la importancia de capturar al general de la Rovere. Pero vivo, no cadáver. Usted no debió limitarse a transmitir mis órdenes. Debió haberlas cumplido personalmente.

—Traté de hacerlo, mi coronel. Pero desconocíamos el punto exacto del desembarco, y yo no podía hallarme en todos los sitios a la vez.

—Claro... claro, claro... De todos modos, aunque usted fuese trasladado o degradado, el general no resucitaría. A lo hecho pecho, dicen esos italianos que de pecho tienen tan poco... Escúcheme bien, Schrantz, y trate de no equivocarse por lo menos esta vez... ¿Una taza de té?

Es en verdad excelente... Así que... El cadáver del general y el de su cómplice serán sepultados en un cementerio, lejos de Génova, sin ninguna señal de identificación. Todos los componentes de la patrulla que han fallado en la operación, partirán inmediatamente hacia el frente oriental...

—¿Hasta aquellos que no tengan ninguna responsabilidad?

—He dicho todos, sin excepción... La noticia que ha de circular es que se ha detenido al general de la Rovere y se halla en nuestras manos. Y nadie puede desmentirla. ¿Me explico? Después, veremos a ver... Alguien debía de esperar a ese general... Alguien tendrá,

pues, que moverse en su ayuda...
Excelente, este té. Excelente de veras...

Al igual que Müller y Schrantz, Grimaldi había pasado aquella noche en blanco. Había vuelto a casa sólo para vestirse de paisano y ahora, en el acostumbrado altillo del acostumbrado bar, esperaba pacientemente ante una taza de pésimo café.

La joven señora Riva se presentó con puntualidad a las nueve y media. El mayor le ofreció una silla y murmuró:

—Perdone, señora, si me presento sin afeitar; pero es por culpa de su marido. Ayer, después de nuestro encuentro, fui inmediatamente a informarme y tuve la confirmación de

que la situación era más bien preocupante. Era preciso obrar enseguida. Y por eso no tuve siquiera tiempo para irme a dormir... Un café, ¿verdad?

—Se lo agradezco, mayor. Además, le ruego dispense mi desconfianza de ayer...

—Por favor, señora. En su lugar, yo la habría tenido igualmente. Ahora, olvidémonos de ello. De lo que en verdad se trata es de salvar al teniente Riva.

—¿Es posible?

—Es posible, con tal de que se actúe inmediatamente. Hay alguien que está esperando allí... e indicó con la cabeza

la fachada del hotel de enfrente.

—¿Basta, para empezar, con cien mil? —preguntó la señora sacando un sobre del bolso y poniéndolo sobre la mesa.

Grimaldi tuvo un ligero estremecimiento, pero se dominó. Metió con displicencia el sobre en el bolsillo y se levantó.

—Espéreme aquí. Voy y vuelvo.

La señora lo vio cruzar la calle con paso rápido. Entonces se puso en pie, llamó al camarero, le pidió una ficha y se dirigió hacia el teléfono.

Grimaldi había asomado ya la cabeza en la habitación 25 y hecho un amistoso saludo a Walter, que se lo

devolvió, cuando oyó a sus espaldas una voz que no le sonaba a desconocida:

—Buenos días, ingeniero.

Se volvió en un santiamén y se encontró cara a cara con Müller.

—¡Oh, coronel, qué sorpresa...!

—La sorpresa es para mí que estoy en casa por estos parajes... Pero, usted, ¿qué viene a hacer aquí? ¿Alguna pega?

—No... —Vaciló. De pronto, se le ocurrió una idea y se desdijo—. Es decir, sí..., pero no es una pega seria... Un pariente... Un pariente lejano por parte de mi madre... Un muchacho... Es más, casi un chiquillo...

—¿Qué le sucede?

—Quieren deportarlo a Alemania

por no querer incorporarse a filas... Por supuesto, se lo merecería, porque no querer presentarse en momentos como éstos no está justificado ni es justificable... Pero está de por medio mi madre, que tiene ochenta años...

—Puede ser liberado inmediatamente si quiere alistarse con nosotros...

—Es lo que le he dicho, querido coronel... ¿Sabe lo que me ha contestado?: «Los alemanes creerían que lo hago por cobardía y me despreciarían. Yo soy hijo de un condecorado de guerra y sobrino-nieto de uno de los Mil»... Y esto es cierto. Es un chiquillo orgulloso.

—Me agradan los chiquillos orgullosos... ¿No se le acusa de nada más?

—No. Jamás se ocupó en política. Sólo se ocupa del deporte... y de mujeres.

—¿Cómo se llama?

—Borghesio... Vittorio Borghesio.

—Sargento..., el expediente del señor Vittorio Borghesio.

Walter, que había seguido, primero con estupor y luego con desconfianza, el cordial diálogo entre los dos, hurgó en el archivo y sacó una carpeta. Después, se puso a mirar con ojos sombríos a Grimaldi, quien a su vez lo contemplaba con una sonrisita provocadora.

—Efectivamente —dijo Müller—, no hay nada más... Sargento, borre de la lista de traslados al señor Vittorio Borghesio e inscríbalo en la del servicio de trabajo...

—Pero...

—Pero ¿qué?

—Nada, mi coronel. *Heil Hitler!*

El coronel salió, seguido por Grimaldi, quien, antes de traspasar la puerta, lanzó otro ademán de saludo a Walter, rojo de rabia.

—¿Contento, ingeniero?

—Ah, mi coronel, no sé cómo agradecerle... Quisiera correr a dar la buena noticia a mi anciana madre. Permítame que le anticipe a usted su

agradecimiento y su bendición...

—No me gusta que me den las gracias ni que me bendigan. Pero si va a Milán, vaya a verme... Hotel Regina.

—No faltaré, mi coronel.

Grimaldi bajó precipitadamente las escaleras, cruzó corriendo la calle y entró en el bar. Pero antes de subir al altillo se detuvo en el teléfono de abajo.

—Oiga, el abogado... ¡Oiga! ¿Y usted? Quiero no sólo confirmarle lo de ayer, sino decirle, además, que será... ¿Me entiende...? Exactamente... Trabajaré... ¿Y quién puede no tener que trabajar? Si no en Génova, en Italia; de todos modos, en libertad... Sí, victoria..., victoria para Vittorio en

todos los frentes... Se lo diré, pero no hace falta... No, no, no me gusta que me den las gracias ni que me bendigan... Hasta mañana, querido abogado...

Estaba tan excitado mientras avanzaba hacia la casa de la señora Riva, que ni siquiera advirtió la presencia de otros dos clientes en el fondo del salón, y casi gritó:

—¡Buenas noticias, señora...! He encontrado el camino. Camino largo y difícil, pero al término del cual puede estar la libertad para su marido...

—Mi marido está ya libre — contestó la mujer con una voz que parecía venir de otra persona. Y aprovechándose del pasmo de Grimaldi,

continuó—: Lo fusilaron ayer detrás del cementerio de Staglieno...

—¡Fusilado! —balbució el mayor—. Pero ¿entonces...?

—Pues entonces, ¿hace el favor de seguirnos, señor Bertone? —contestó una voz detrás de él.

Grimaldi se volvió de golpe. Era uno de los dos clientes que se le habían acercado a sus espaldas y que ahora le mostraban sus credenciales de policía.

—¡Pero aquí tiene que haber un equívoco...! ¡Un equívoco muy burdo...! —se rebeló Grimaldi

—Lo aclararemos —respondió el otro poniéndole una mano en el brazo.

La voz de Schrantz revelaba una indignación sincera:

—He conocido a muchos canallas en este condenado país. Pero pese a que casi he nacido en él, no creía que pudiese existir alguno tan soez e innoble como tú...

Sentado en una banqueta, bajo la vigilancia de los dos policías italianos que lo condujeron hasta allí, Grimaldi se callaba con aire distraído, como si aquellas palabras fuesen dirigidas a otro.

—¿Quieres decidirte a hablar...? Ten en cuenta que no nos faltan procedimientos para devolver la palabra

hasta a los sordomudos...

—No hay necesidad de recurrir a ellos —respondió por fin Grimaldi—. Basta con que venga a interrogarme el coronel Müller...

—¿Conoces al coronel Müller? —se sobresaltó el capitán.

—Tengo ese gusto.

Schranz se quedó un momento indeciso. Luego, resueltamente, tomó la puerta y salió al pasillo.

Poco después volvió a entrar seguido del coronel, a cuyo encuentro, levantándose y tendiendo la mano, fue Grimaldi con expansiva cordialidad.

—¿Qué historia es ésta? —preguntó Müller, sin corresponder a la amable

acogida. Y no se sabía si se dirigía al capitán Schrantz o a Grimaldi.

—Un equívoco, mi coronel —se apresuró a decir el segundo—. He sido confundido con un tal Bertone, que parecía tenía cuentas pendientes con la justicia... Un equívoco desagradable...

—Es una denuncia procedente de la policía italiana —intervino Schrantz.

—Dese usted cuenta, coronel: de la policía italiana —recalcó Grimaldi con tono de indulgente desprecio.

—¿Y qué dice esa denuncia?

—Que desde hace meses Bertone extorsiona dinero a los parientes de los detenidos ufanándose de amistades con oficiales alemanes y prometiendo

disminuciones de penas. En el momento de su detención se hizo entregar cien mil liras por una tal señora Riva...

Se interrumpió para prestar oído a un cabo que le sopló algo, mientras Grimaldi exclamaba con desparpajo:

—¡Ah, ahora comprendo de dónde viene la confusión! Si me permite, coronel...

—Que pase —ordenó Schrantz al cabo. Éste se dirigió hacia la puerta, hizo una señal a una mujer y le dejó paso. Era Valeria.

—¡Ah, esto es demasiado! —protestó Grimaldi yendo al encuentro de la chica—. No te preocupes, gorrioncito; se trata de un error... Mi

coronel, mi esposa...

—¡Qué señora ni qué narices! —
estalló la mujer—. A este individuo
apenas lo conozco y no sé nada... Haya
hecho lo que sea, a mí ni me va ni me
viene... ¡Yo soy una artista, una artista!

—Cálmese, señorita, cálmese —dijo
Müller paternalmente—. Nadie se
propone acusarla de nada,
especialmente si nos ayuda a esclarecer
algunos extremos de la conducta del
ingeniero...

—¿Qué ingeniero? ¿Ése? ¡Ni
ingeniero ni nada, señor coronel!

—¡Valeria!

—Cállese, por favor. Y usted,
señorita, prosiga... ¿Dónde y cuándo lo

conoció?

—Hace seis meses, en Mondovi. Yo actuaba en una compañía de revistas. Era *soubrette*... En verdad soy actriz de prosa. Pero ¿sabe usted?, con los tiempos que corren, una tiene que adaptarse. Además, incluso la revista, cuando se hace con cierto estilo...

—Sea usted breve, señorita.

—Bueno; total, una noche, después del espectáculo, una amiga mía y yo fuimos detenidas por una patrulla... Él pasaba e intervino. Con su uniforme de mayor...

—¿De mayor? ¡Ah! ¿Usted es mayor, además de ingeniero?

—Si me permite que le explique...

—No, no le permito. Continúe, señorita.

—Bueno; total, nos acompañó al hotel... Luego, ya sabe lo que pasa, después de una cosa viene otra... Me obligó a dejar la compañía...

—La verdad es que la compañía te despidió.

—¿Quiere callarse, sí o no? Señorita, se lo ruego...

—Vinimos a Génova... Y después, ¿qué quiere que le diga? De vez en cuando se ponía el uniforme. Pero lo que hacía no lo sé. Jugaba: esto es seguro. Como es seguro que perdía, porque nunca teníamos una lira. Recibía muchos telefonazos. Y mucha gente venía a verlo

y le entregaba paquetes...

—¿Y qué había en los paquetes?

—Salchichones... También otras cosas, pero sobre todo salchichones. No se comía más que salchichones, mañana y noche. Pillé una urticaria, claro que sí... ¡Mire! —Y se descubrió un hombro de manera indecente.

—Miraré más tarde, señorita. Ahora descanse. E hizo seña a los policías italianos de que saliesen también.

Siguió un silencio.

—Así que, amigo —dijo Müller—, ¿cómo he de llamarle, ingeniero o mayor?

—Espero que no habrá creído una palabra de lo que ha dicho esa

deficiente. Yo tengo de mayor lo que ella de actriz. ¡Actriz! *Soubrette!*... No tiene voz, no sabe bailar. Tan sólo tiene... cierta presencia...

—No es de la señorita de quien se trata, sino de usted.

Sobrevino el cabo a murmurar algo al oído de Schrantz, que a su vez lo repitió en voz baja al oído de Müller.

—¡Ah! —exclamó el coronel levantándose—. ¿Quiere venir conmigo, por favor?

Y lo precedió al dirigirse ambos hacia la puerta.

En la habitación contigua había una docena de personas, entre ellas la joven señora Riva y un sacerdote.

—Conocen ustedes al mayor Grimaldi, ¿verdad? —preguntó el coronel.

Todos callaron. Siguió un largo silencio.

—¡Adelante! —dijo por fin Grimaldi, plantándose con las piernas separadas y los brazos cruzados ante ellos—. ¿Por qué no respondéis? No van a meteros en la cárcel si le decís que me conocéis y le contáis todo el daño que os he hecho... Usted, señora De Dominici... Usted, doctor... Usted, reverendo... ¡Adelante, hablad! ¡Repetid las noticias que os daba de vuestros hijos, de vuestros hermanos, de vuestros maridos! Que no se irían a

Alemania, que estaban bien, que pronto serían libertados... Y no era verdad. No, no era verdad... ¿Y qué? ¿Hubierais preferido lo contrario? ¿Que eran golpeados hasta sangrar, que dormían diez en la misma celda, que habían sido amontonados en un vagón precintado directo a Polonia? ¿Lo habríais preferido? No, no lo habierais preferido. Gracias al mayor Grimaldi, estabais tranquilos, de noche dormíais, erais casi felices cuando me traíais los paquetes. «Se lo encarezco, mayor, hágase lo llegar enseguida... Está el jersey grueso: sufre mucho del frío... Está la mermelada de melocotón que le gusta tanto... El salchichón..., el

salchichón que no le gusta a nadie...». Por ello me dabais dinero, es verdad. Pero a cambio yo os ofrecía esperanza... Veremos si estaréis mejor ahora que la señora ha denunciado el enredo porque han fusilado a su marido... Como si lo hubiese fusilado yo... Adelante, señores, hablen... Decid que soy una carroña, que os he traicionado y engañado... ¡Decidlo!

Los miraba, uno a uno, con aire de desafío, como si los acusados fueran ellos y él el denunciante. Tenía los ojos llameantes, dos grumos de saliva blancuzca en las comisuras de los labios y un mechón de pelo sobre la frente empapada en sudor. Esperó en silencio

una respuesta que no llegó. Luego, volviéndose a Müller, que había seguido mirándolo con expresión de divertido estupor, le dijo con gesto melodramático:

—He terminado, mi coronel... Estoy a sus órdenes...

Y lo precedió entrando solo de nuevo en la oficina de Schrantz.

—Haga usted poner en libertad a toda esta gente —dijo Müller al capitán. Y se fue hacia Grimaldi.

Lo encontró sentado, fumando tranquilamente. También se sentó. Cogió una botella de coñac de una repisa, llenó dos copas, una para él y otra para su huésped, y se puso a hojear con mucha

atención una voluminosa carpeta. Tras unos diez minutos de silencio, levantó la cabeza.

—Y ahora —dijo con su habitual tono de voz cortés y pacato—, dígame lo que prefiere: ¿presentarse ante el tribunal de guerra alemán como mayor Grimaldi, acusado de complicidad con elementos de la Resistencia y de corrupción de alemanes, o volver a ser Giovanni Bertone, hijo de los difuntos etcétera, y que lo denuncien por estafador reincidente y uso indebido de uniforme militar?

—Son preguntas que no hace falta formular, y usted perdone —respondió Bertone, encogiéndose de hombros—.

En el primer caso, arriesgo acabar contra el paredón... En el segundo, saldría librado con unos tres años... Existe, es cierto, el artículo 310, el del agravante en tiempo de guerra, que puede ser muy fastidioso... Pero esta guerra terminará más tarde o más temprano, ¿no? Y acabará con una hermosa amnistía...

—¡Ocho veces! —interrumpió Müller, que había proseguido hojeando la carpeta—. ¡Lo han condenado ocho veces! No le queda a usted nada por hacer... Estafa, bigamia, abuso de confianza, tenencia y tráfico de estupefacientes...

—Sí, pero falsos... Era

bicarbonato... Los auténticos los usaba yo.

—¡Y cuántos oficios! Director de hotel, proxeneta, corredor de automóviles, actor... hasta actor...

—Muy malo.

—¿Ah, sí? No lo hubiera dicho. ¡Mire, mire...! Ha sido usted hasta oficial...

—¡No! —protestó Bertone, levantándose de un brinco.

—¿Cómo que no? Está escrito aquí —dijo Müller, sorprendido por aquella reacción.

—Es un error...

—No puede ser un error. Está toda su hoja de servicios... Oficial en activo

hasta el grado de capitán en el regimiento de Caballería Guide... Expulsado del ejército en 1922 por deudas y malversaciones... —Alzó la cabeza para mirar a Bertone, que había bajado la suya—. ¡Qué extraño...! No ha tenido usted palabras de protesta contra las imputaciones de fraude, de estafa, de bigamia, etcétera. Pero rechaza con violencia el ser calificado oficial del ejército, pese a haber vestido de nuevo, abusivamente, el uniforme...

—Ese uniforme no es del ejército. Es de la milicia.

—¡Ah...!

—El ejército no tiene nada que ver con mi vida de malhechor. Cuando yo

pertenecía a él era una persona decente...

Schranz se asomó a la puerta con aire radiante.

—Mi coronel, el cómplice de Bertone, el sargento Walter Diemer, ha confesado.

—Muy bien. Que sea castigado como merece.

Schranz se retiró.

—Escuche un poco, Bertone — prosiguió el coronel Müller—. Si usted hubiese seguido en el ejército...

—Mi coronel, le ruego que no insista sobre ese tema. Yo no tengo nada que discutir con el ejército, ni el Ejército tiene nada que discutir

conmigo.

—De acuerdo. Pero, de todos modos, conteste a mi pregunta. Si usted hubiese continuado en el ejército... como un caballero, se entiende, no como un granuja... ¿Qué grado habría alcanzado hoy?

—Depende... Mis compañeros de promoción son coroneles o generales de brigada...

Müller reflexionó un momento. Luego preguntó:

—¿Quiere serlo de cuerpo de ejército?

Al amanecer del día siguiente, el coche

de Müller recorría en sentido inverso la carretera de los Giovi, que conduce de Génova a Milán. En el asiento posterior, al lado del coronel, Bertone, vestido con una sahariana y unos pantalones de pana embutidos en unas polainas de cazador, leía atentamente un voluminoso dossier. Se había colocado también un monóculo en el ojo derecho.

—¡Claro que hizo carrera tan pronto! —rezongó—. Se llamaba Fortebraccio de la Rovere. En 1927 contrae matrimonio con la marquesa de Guimet, hija del almirante y nieta del general. Al año siguiente, muere su tía, la condesa del Barrino, nombrándolo único heredero. Se sospecha que

pertenece a la masonería, pero tiene un hijastro papa y un primo arzobispo... Me dan risa, me dan...

En aquel momento el chófer paró el coche haciéndolo rozar las paredes de roca, mientras el suboficial de escolta abría la portezuela vociferando:

—¡Caza enemigo! ¡Cuerpo a tierra!

Hasta Müller se precipitó afuera y de un salto corrió a agazaparse detrás de un peñasco. El zumbido del caza arreció hasta transformarse en un estruendo punteado por el crepitar de la metralla. La ráfaga bordó de costado al vehículo, perforando un guardabarros y haciendo volar en torno esquirlas de piedra.

Desde su escondite, Müller vio a

Bertone aparearse con calma, calarse de nuevo el monóculo para mirar a lo alto y dirigir con la mano un saludo al avión que se alejaba.

Pocas horas después, el coronel entregaba personalmente el prisionero al *Feldwehbel* Franz en la entrada de la cárcel de San Vittore.

—No ha de figurar en el registro — dijo—, no ha de ser fotografiado ni tienen que tomársele las huellas dactilares. Que esté aislado y bajo severa vigilancia. Pero exijo que sea tratado con los respetos debidos a su alta graduación...

—*Jawohl,*

Herr

Obersturmbahnführer

—respondió

Franz dando un taconazo. Y cogiendo al prisionero del brazo, dijo—: Sígame usted.

El prisionero, inmóvil, primero le miró a la cara, luego a la gruesa mano que lo atenazaba y después miró otra vez al hombre a la cara. Éste, lentamente, aflojó el apretón y soltó la presa.

—No sé —dijo el prisionero al coronel— si volveré a tener ocasión de verle. Por esto le agradezco todas las cortesías de que me ha hecho objeto en esta situación... más bien embarazosa.

—Cualquier oficial alemán se habría comportado del mismo modo —

respondió Müller, casi sin darse cuenta de que estaba declamando.

—Quiero creerlo... Presente mis saludos, cuando tenga la oportunidad, al mariscal Kesselring. Dígale que el hecho de que ahora militemos en bandos contrarios no ha disminuido mi estimación y la alta consideración que le tengo.

—Así lo haré, señor... —farfulló Müller, pillado a contrapelo.

—¡Vamos, *Feldwehbel!* —dijo el prisionero a Franz. Y echó a andar.

Así lo vimos pisar la cárcel por primera vez, con paso firme y la cabeza erguida, ante nuestros ojos pegados a las mirillas. Cuando finalmente su celda se

amuebló según sus deseos, entró en ella. Pero en el momento en que Ceraso iba a cerrarle la puerta, el general advirtió la pequeña cinta azul que adornaba el ojal del vigilante. Y apuntando con el dedo, preguntó:

—¿Dónde?

—Bajo Piave.

—¿Cuándo?

—Julio del 18.

—Batalla de Solstizio... ¿Unidad?

—Ciento cincuenta y uno, brigada

Avellino.

—Magníficos soldados... ¡Bravo!

Ceraso empujó la puerta. Entonces, en vez de cerrarla de golpe a las espaldas del prisionero, según solía

hacer, la acompañó suavemente con la mano para no hacer ruido.

III. UNA CUESTIÓN DE HONOR

DESPUÉS DE MI FUGA, la gran diversión de la quinta galería, según me han contado los pocos supervivientes, fue el duelo entre Franz y el general. Había empezado ya desde la primera mañana, cuando de la Rovere, al despertar, pidió un barbero.

—Hace falta el permiso del brigada
—contestó Ceraso, avergonzado.

—Bien, amigo mío, llame al brigada
—dijo el general dando comienzo a cuidadosas abluciones; ya que,

excepcionalmente, se le había concedido jabón, un cepillo de dientes, un peine y una toalla.

El brigada acudió poco después y se plantó en la puerta con aire interrogativo y hostil. El general, sin esbozar un saludo, es más, sin apartar siquiera la cara de la servilleta con la que se estaba secando, ordenó con brevedad:

—El barbero, por favor.

—El barbero está disponible cada quince días —contestó Franz.

El general se secó por última vez la cara antes de replicar:

—¿Qué artículo del reglamento carcelario lo establece?

—El artículo que prohíbe a los

incomunicados mantener contacto entre sí.

—Pero cada quince días esa prohibición puede ser infringida...

—Bajo mi estrecha vigilancia personal...

—Es que yo, brigada, no rechazo en absoluto su vigilancia. De hecho, le pido que me conceda el placer de verle cada día. Porque yo quiero que me afeiten todas las mañanas. Y espero que no haya necesidad de recurrir al coronel Müller para que me reconozcan ese sagrado derecho. Creo que él estaría un poco sorprendido del modo en que usted interpreta su consigna de tratarme con todos los respetos otorgados por mi

jerarquía...

—Está bien. Vete a llamar a Banchelli —masculló Franz a Ceraso, quien corrió a pregonar por toda la galería la noticia de aquella primera victoria.

Cuando Banchelli llegó con los utensilios propios de su oficio, el general había estado conversando desenfadadamente con Franz, a quien preguntó en qué frente había combatido.

—En el Africa Korps —contestó el brigada sin abandonar su aire hostil.

—¡Ah, caramba! —exclamó el general en tono respetuoso—. ¡Buena tropa...! Varias veces he tenido que verme con el general Rommel...

—¡Con el mariscal Rommel! —
rectificó Franz, contento de haberlo
cogido en un desliz profesional.

—Ah, claro, olvidaba que después
de la retirada lo ascendieron a
mariscal... Es la moda... Buen soldado,
Rommel. En combate siempre lo admiré.
En relación con los planes estratégicos,
un poco menos... Un magnífico
conductor, en suma, pero un mediocre
estratega. ¡Lástima...! Oh, aquí viene
nuestro hombre... ¿Es usted barbero de
profesión?

—Tipógrafo, Excelencia. Pero aquí
dentro me obligan a ejercer de barbero.
Me llamo Banchelli —contestó el
hombrecillo inclinándose levemente. Se

acercaba a los cincuenta, era bajito y de aspecto dulce y remiso.

—¡En silencio! —lo amonestó Franz.

Banchelli empezó a enjabonar las mejillas del general y luego las rasuró cuidadosamente sin volver a abrir la boca. Cuando hubo terminado guardó sus utensilios en un pequeño trozo de hule y dijo:

—Cuando lo desee, no tiene más que mandarme llamar. Tendré mucho gusto en servirle, mientras esté aquí... ¿Espera no quedarse mucho tiempo?

—No lo espero. Lo temo. Estoy condenado a muerte.

—¡Te he dicho que te calles! —aulló

Franz indicándole la puerta.

Banchelli iba a salir, cuando el general le tendió la mano. Banchelli se la estrechó con una ligera inclinación y salió.

—¡Y ahora, fuera! —ordenó Franz.

Antes de obedecerlo, de la Rovere se lavó la cara, volvió a peinarse el ralo pelo, se puso la sahariana, que se abrochó despacio, limpió el monóculo con el pañuelo, se lo caló en el ojo derecho y, seguido por el brigada, atravesó toda la galería con la cabeza alta, devolviendo con el saludo militar los que le hacían con una inclinación los detenidos destinados a la limpieza de la galería.

La vigilancia especial a la que todavía estaba sometido no le permitía salir a pasear con los demás. Franz lo condujo solo, no al patio en forma de estrella, sino al jardín, en el fondo del cual tres prisioneros ingleses jugaban con una pelota de goma. Eran tres oficiales liberados el 8 de septiembre de un campo de concentración, sorprendidos por los alemanes en Milán vestidos de paisano y retenidos allí, tal vez en espera de alguna orden de traslado atascada en el engranaje burocrático. Dormían también en una celda de la quinta galería, pero no tenían casi relación alguna con los demás detenidos, un poco porque gozaban del

privilegio de estar todo el día al aire libre, y otro poco porque ellos mismos tenían interés en permanecer apartados. Fueron los únicos que no saludaron al general, quien parecía no haber advertido su presencia. El general caminaba de un lado a otro, parándose de vez en cuando para llenarse los pulmones de aire, o bien para contemplar las flores que crecían en los arriates bastante bien cuidados. En un momento dado, arrancó una *pensée* y se la puso en el ojal sin que Franz protestase. Habitualmente, éste castigaba con diez azotes cada atentado a flores o animales. Era su manera de concebir el «civismo».

En aquel momento, una pelota de goma, chutada torpemente por uno de los jugadores, sobrevoló la cabeza del general y fue a toparse con la del brigada. Furioso, el alemán la recogió del suelo, y sacando una navaja del bolsillo, la desgarró, tirándosela desinflada a los tres ingleses.

—*Son of a bitch...! Dirty dog...!* — prorrumpieron éstos.

Franz los miró riendo, con aire provocador. El general prosiguió su paseo como si no se hubiese dado cuenta de la escena.

Tres días después se produjo otro choque.

Entre las muchas concesiones

especiales con que se distinguía al general, se encontraba también la de una baraja de cartas, con la que mataba el tiempo haciendo solitarios. Una noche estaba precisamente intentando el juego de Napoleón, cuando una voz resonó a sus espaldas:

—Excelencia, el diez negro va sobre la sota colorada...

Era Ceraso que, manteniendo abierta la puerta para que se ventilara la celda (corría el mes de junio y comenzaba a dejarse sentir el calor), lo observaba a través de la reja.

—Ah, claro, justo... —dijo el general, rectificando.

En aquel momento Franz apareció

por la puertecita que daba a la escalera.

—¿Se conversa aquí? —dijo con aires amenazantes mirando a Ceraso, que palidecía—. ¡Cierra esa puerta!

—Un momento, brigada —intervino el general, levantándose y acercándose a la reja—. Dígame usted en qué artículo del reglamento interior de la cárcel se basa usted para que la puerta de madera permanezca cerrada cuando el calor es sofocante.

—No estoy obligado a contestar.

—Se equivoca. Tiene usted que contestar, no a mí, sino al reglamento, cuyo artículo noveno reza: «Las puertas de las celdas deberán estar cerradas, a menos que el celador no considere tener

que dejarlas abiertas para vigilar al recluso...». Ahora bien, el agente Ceraso me estaba vigilando precisamente...

Por respuesta, el brigada cerró la puerta de un puntapié y se alejó furioso. Pero al día siguiente, al volver para su habitual inspección y ver la puerta abierta, no le dijo nada al vigilante, con quien se cruzó delante de ella.

El mismo día llegaron siete nuevos huéspedes. Mike Bongiorno, que estaba encargado de distribuirles las mantas, comentó que todos habían sido detenidos en una redada llevada a cabo en los Ferrocarriles del Norte y que, si bien asustados, estaban seguros de salir

pronto, menos uno que afirmaba ser mayordomo de una familia patricia de Bérghamo, estaba enfermo de diabetes y lloraba, temeroso de dejarse el pellejo allí dentro.

Efectivamente, cuando se hizo de noche, en el gran silencio de la galería, se oyó el llanto del desgraciado, seguido poco después de unos pasos, un rechinar de llaves y un confuso parloteo.

El general esperó un poco y después llamó a la puerta. Un vigilante se asomó a la mirilla. No era Ceraso, esta vez, sino Tursini.

—¿Ha llamado, Excelencia?

—¿Qué sucede?

—Uno de los siete nuevos inquilinos

está malo... Una crisis de diabetes...

—¿Crisis verdadera o...?

—No, no, una crisis verdadera.

Tenemos un ojo clínico, Excelencia.

—Llévalo a la enfermería.

—Hace falta permiso del brigada, que siempre lo ha rehusado.

—Dígale que venga.

—Pero, Excelencia...

—Dígale que necesito hablarle con urgencia.

Apenas el vigilante se hubo alejado, el general, que ya estaba medio desnudo, volvió a vestirse rápidamente, pero con cuidado. Y ya se había puesto hasta el monóculo, cuando apareció Franz.

—Lamento, brigada, haberle

molestado —dijo cortésmente el general —, pero el caso no admitía demora. Resulta que un detenido se encuentra grave a consecuencia de un ataque, al parecer, de diabetes. Le ruego..., le ruego personalmente... que le haga trasladar a la enfermería antes de que sea demasiado tarde.

—Ningún preso político puede salir de la galería sin prescripción facultativa. El médico vendrá mañana por la mañana.

—Cuando tal vez...

—Lo siento, mi general.

—Yo siento, brigada —y la voz del general subió de tono—, tener que recordarle la observancia del

reglamento.

—El reglamento dice lo que yo diga.

—¡No, brigada! —y sus palabras fueron tan vibrantes que retumbaron por toda la galería—. El artículo primero es bien explícito: «El recluso que se halle en condiciones de salud tales que hagan temer por su vida, deberá ser inmediatamente trasladado a la enfermería». Por lo que le ordeno... ¿Comprende...? ¡Le ordeno que haga lo que prescribe el reglamento!

Una vez más, por toda respuesta, Franz, con el rostro encendido, cerró la puerta de un puntapié y se fue. Pero por toda la galería le siguieron las carcajadas que resonaban dentro de las

celdas. Al día siguiente, cuando fueron a buscar al general para conducirlo al mando, todos tuvieron la seguridad de que había sido él quien se puso en contacto con el coronel para denunciarle las arbitrariedades del brigada.

—Bueno, querido general, ¿qué tal vamos? —dijo Müller indicándole una silla delante de su mesa.

—¡Mal, querido coronel! Si hubiese sabido que en San Vittore se estaba tan mal, no hubiera aceptado nunca... ¿Me permite? —Cogió un cigarrillo de un paquete del coronel, que con un gesto lo invitó a metérselo en el bolsillo y le

acercó un fósforo encendido—. En mis tiempos se estaba mejor. Ahora está ese brigada... ¡Un verdadero bruto!

—Se me ha quejado mucho de su indisciplina.

—¿Indisciplina? ¡Ah! Usted llama indisciplina a mi perfecto conocimiento del reglamento. Él, en cambio...

—Es precisamente esto lo que le sorprende. Un general no se sabe de memoria el reglamento carcelario. Y el brigada, que es menos estúpido de lo que parece, me lo ha hecho notar. Además..., parece ser que usted habla demasiado de sus amistades con generales alemanes y se deja llevar a consideraciones de alta estrategia...

—Bien, creo haber dicho tan sólo cosas de sentido común.

—¡Ah, claro! Un general con sentido común...

Lo miró sonriendo. Luego, tras haber sacado de una alacena una botella y dos copitas cambió de tono:

—Pero no es para decirle eso por lo que le he llamado. El premio de la libertad que le he prometido estaría muy cerca, con algunas precisiones eventuales... Esto es coñac francés auténtico. Coja también estos tres paquetes de cigarrillos.

—Gracias, mi coronel. ¿Decía usted, pues...?

—Decía... ¿Qué decía? ¡Ah, sí!

Anoche, como seguramente usted sabrá, llegaron a San Vittore siete nuevos inquilinos.

—Lo sé.

—Me lo imaginaba. Aislados, pero al corriente de todo... ¿Sabe también que entre ellos está Fabrizio?

—¿Y quién es Fabrizio?

—Ah, claro, me olvidaba de que usted no es el general de la Rovere. Pero lo hace tan bien que casi casi... Bueno, en fin, Fabrizio es uno de los más relevantes jefes de la Resistencia, tal vez el más importante: aquel con quien usted, es decir, el general de la Rovere tenía que encontrarse cuando desembarcó...

—¡Vaya fastidio! ¿Y si ahora me reconoce? Es decir, ¿y si no me reconoce?

—No hay miedo, Fabrizio y de la Rovere no se habrían visto jamás. Será sólo en la cárcel cuando se encontrarán. O mejor dicho: será solamente en la cárcel cuando Fabrizio verá por primera vez a de la Rovere. A su vez, el general tendrá que ver a Fabrizio, es decir, adivinar quién de los siete es él. Porque nosotros no lo sabemos. A usted le toca descubrirlo.

—¿A mí?

—A usted.

—¿Y cómo me las apaño?

—De la manera más sencilla: no

haciendo nada; o sea, haciendo cada vez más de general de la Rovere. Más tarde o más temprano verá usted cómo él dará señales de vida.

El general encendió un segundo cigarrillo con la colilla del primero.

—Dispéñeme, mi coronel —dijo con aire perplejo—, pero no comprendo bien. Usted no sabe quién es Fabrizio, pero sabe que es uno de los siete. Cómo lo sabe, lo ignoro, pero...

—Es muy sencillo. Las radios clandestinas anunciaron un determinado día su captura. Nosotros poseemos la clave de sus mensajes y hemos deducido que aquel día habían sido detenidas siete personas sospechosas... ¿Está

claro?

—Clarísimo. Pero yo estimo que ustedes los alemanes tienen medios para hacerlos cantar a los siete.

—Menos a Fabrizio. Antes que nada porque ninguno canta cuando sabe que su canto le costaría el pellejo. Y después porque, por lo que sabemos, es un hombre con el cual resulta difícil llegar a un acuerdo. Con respecto a él hace falta astucia, no fuerza.

—Y si yo... lo consiguiese mediante astucia..., ¿tendría que denunciarlo?

—Denunciarlo... Detesto estos verbos... Bastará con que me haga saber quién es.

—No entiendo bien la diferencia,

pero... En Génova me pidió hacer de señuelo, y acepté. Pero ahora me propone convertirme en el arma... la cosa cambia... Entenderá que el general de la Rovere no denunciaría jamás al jefe de la Resistencia...

—Es justo —reconoció lealmente, tras una pausa, el coronel. Se puso a pasear, echó una mirada afuera de la ventana y luego volvió cerca de Bertone—. Entonces —dijo—, hagamos una cosa. Yo conocí en Génova a un tal mayor Grimaldi, un oficial que permaneció fiel al pacto de alianza con los camaradas alemanes y que forma parte de las fuerzas armadas de la República Social. ¿No cree usted que el

deber de ese bravo y leal soldado sería desenmascarar al jefe de la Resistencia, especialmente sabiendo que ello le procuraría un premio importante?

—¿Por ejemplo?

—Un millón.

—¿En oro?

—En oro.

—¿Y un salvoconducto para Suiza?

—Y un salvoconducto para Suiza.

Bertone se escanci6 otra copa de coñac y se la bebi6 de un trago.

—A prop6sito de Grimaldi —dijo el coronel—, tengo el gusto de informarle de que ese tío suyo compositor, que fue también mi maestro, no ha muerto ni mucho menos. Anteayer vino a verme...

—¿Ah, sí? —respondió, imperturbable, Bertone—. Sea como fuere, creo que su sobrino habrá de aceptar la oferta que usted le hace...

—También lo creo yo —dijo Müller tocando un timbre. Compareció un soldado.

—Custodie al general hasta su celda —dijo el coronel, precediéndolo hacia la puerta y cambiando con él un rígido pero respetuoso saludo.

El general iba a marcharse cuando vio en la antesala, sentados en un banco, a los tres prisioneros ingleses con la pelota destrozada en la mano. Venían sin duda a reclamar. Se los señaló con la mano a Müller.

—He ahí, mi coronel, el enésimo exabrupto de su brigada, del cual yo mismo fui testigo. Hasta ahora, la *Wehrmacht* nos había acostumbrado a la perforación de la Línea Maginot, no a la de pelotas de goma... Le estaré agradecido, mi coronel, tendrá mi reconocimiento personal si se digna usted en satisfacerlos.

Müller hizo una señal afirmativa con la cabeza. El general desfiló ante los tres ingleses que casi involuntariamente se pusieron de pie y se cuadraron.

Volvió a su celda cuando ya habían servido el rancho de las once. Pero los detenidos habían puesto la escudilla sobre la mesa, tapada con otra escudilla

para que no se enfriase el contenido, dejando al lado una servilleta anudada, pescada quién sabe cómo y quién sabe dónde. Además del vaso de aluminio lleno de agua, había otro en el que flotaba algo. Las sábanas estaban limpias.

A Müller le esperaba una sorpresa cuando volvió al Hotel Regina. Un plantón le entregó en una bandeja la tarjeta de visita de una señora que llevaba una hora esperando. Rezaba así: *Condesa Bianca Maria Guimet de la Rovere.*

El coronel se quedó por un momento

perplejo y algo fastidiado. Luego dio orden de hacer pasar a la dama y avanzó hacia la puerta al encuentro de ella.

La condesa era una mujer de unos cuarenta y cinco años, hermosa aún, y sumamente elegante en su sencillo y usado traje gris.

—¿El coronel Müller?

—Servidor. Siéntese, condesa.

Así lo hizo la condesa y durante un momento calló, ocultando mejor su ansiedad que la cohibición.

—Seguramente, mi coronel, comprenderá usted los motivos de mi visita...

—Creo que sí. Pero también me sorprende un poco, pues las

informaciones que poseemos nos aseguraban que usted y sus hijos se hallaban en Suiza.

La condesa tuvo un ligero sobresalto. Müller sonrió.

—No tema, condesa. No tengo la menor intención de reprocharle una repatriación clandestina. Por el contrario, respeto su valor y su abnegación.

—Gracias, coronel. He acudido a usted por sugerencia de Su Eminencia el cardenal, quien me dijo que usted ya ha hecho algo por mi marido: negarse a entregarlo a los fascistas que lo habían reclamado...

—Es exacto. Me negué y seguiré

negándome, porque eso entra dentro de mis facultades.

—Se lo agradezco. No he venido a verle para interceder. Sé que hubiera sido inútil y que mi propio marido no lo querría. Es un soldado en guerra: el peligro forma parte de sus deberes. Tengo sólo un ruego que hacerle y espero que usted podrá concederlo... — Aquí, su voz, agitándose un poco, la delató—. Verlo... Verlo aunque sea un breve instante y al otro lado de una reja de cárcel...

Müller no trató siquiera de ocultar su propia desazón.

—Le he dicho, condesa, que yo puedo obrar tan sólo dentro de ciertas

facultades. Lo que usted me pide...

—No es mucho, coronel. Sólo verlo, aun sin hablarle... Tal vez sería por última vez...

Y la voz se le quebró en un sollozo, inmediatamente reprimido en el pañuelo. El coronel dio unos pasos por la estancia y luego volvió a sentarse al lado de ella.

—Deseo condesa demostrarle toda mi amistad... ¿Usted quiere ver a su marido? Está bien: concedido... Incluso podrá hablarle... —El rostro de la señora se iluminó—. Pero antes permítame que le exponga con franqueza mi opinión. Una grave acusación pesa sobre el general: usted no puede y no

debe ignorarla. Es calmoso y de una serenidad ejemplar. Se comporta como el verdadero soldado que es. En la cárcel goza de una situación privilegiada no tan sólo material, sino también moral, entre los demás detenidos. Es quien da ánimos a todos, y todos reconocen en él a su jefe. Hoy también hemos tenido una franca y amistosa conversación. ¿Y sabe lo que me ha contestado cuando lo he felicitado por su actitud? Que lo que le da fuerzas no es solamente la conciencia de su deber, sino también la certeza de que los suyos están seguros. Me ha hablado de usted, de sus hijos... Gualberto y Ludovico, si no me equivoco... Vea que

tengo buena memoria... Y me ha dicho que, confiados a una madre como usted, no tiene preocupación por ellos... Ahora, condesa, le pregunto: ¿cree verdaderamente que el volverla a ver unos pocos instantes, detrás de los barrotes de un locutorio, y saberla aquí, lejos de los chicos y expuesta al peligro de una represalia de los fascistas, pueda servirle a él de consuelo y ayuda? Le hablo como amigo. Tengo una profunda estima por el general y lamento sinceramente que los avatares de la guerra nos obliguen a ser adversarios... Quisiera ayudarlo a salir de una situación grave, que no desesperada, que exige de él la mayor sangre fría. Y temo

que todo lo que usted me pide no contribuya... Le repito, condesa: el permiso queda concedido. Sólo le pregunto, muy respetuosamente, si no habrá un poco de egoísmo de su parte, al aprovecharse de ello...

Müller había apostado fuerte, pero jugó bien. La señora, con la cabeza baja, permanecía en silencio.

—¿No cree —insistió el coronel— que una carta sería preferible? Desde Suiza, se entiende... Yo diré que la he recibido a través... a través del cardenal, por ejemplo. Su Eminencia nos perdonará este pequeño embuste. Le doy mi palabra de honor que no será abierta.

—Creo que tiene usted razón —
convino la condesa después de una
pausa.

—Puede también mandarle ropa y
víveres. La comida de la cárcel,
desgraciadamente... Tráigalo o mándelo
todo aquí. Yo mismo cuidaré de
hacérselo llegar. Usted tiene mi palabra
de que nada será controlado. Yo tengo la
suya de que no pasará nada de
contrabando... ¿Puedo ofrecerle un té,
condesa? Creo que nos hace falta a los
dos.

Hacia un par de horas que había
anochecido y toda la cárcel dormía

cuando las sirenas, de pronto, se pusieron a aullar la alarma aérea. Sucedió con frecuencia, pero raramente la alarma iba seguida de bombardeos. Habían cesado hacía tiempo y casi nadie dejaba la cama por el refugio. Hasta los detenidos permanecieron tranquilos. Sin embargo, cuando empezaron a retumbar los primeros estallidos, la quinta galería se transformó de golpe en un manicomio. Para el hombre encerrado en una celda, el miedo se torna claustrofobia y le hace perder todo control. Cada uno, excitado por los alaridos del otro, empezó a golpear con los puños la puerta, gritando: «¡Abrid...! ¡Asesinos...! ¡Abrid...!».

Seguido por su gente armada, Franz irrumpió en el pasillo tocando el silbato para intimidar y profiriendo las más terribles amenazas. Pero no lograba siquiera hacerse oír en medio del fragor de las bombas y del ensordecedor griterío de los prisioneros, que las sentían caer cada vez más cercanas. A través de los tragaluces veían enrojecerse el cielo por los incendios, y se pegaban contra las puertas en una desesperada tentativa por derribarlas.

No sabiendo cómo establecer la calma en aquel infierno, el brigada abrió la celda del general, quien, descalzo y en ropas menores, se aferraba a los barrotes, presa a su vez de una crisis de

terror. Al ver a Franz, se le echó encima, pero el hercúleo alemán lo inmovilizó contra la pared con el brazo.

—Conque miedo, ¿eh? —le escupió en la cara el brigada—. Usted tiene miedo, ¿verdad, señor general italiano? ¡Vamos, haga callar a esos locos!

—¿Yo?

—Usted, sí. Usted, que siempre está dispuesto a mandar a todos, ¡mándeles a esos idiotas que se calmen!

El general lo miró, y poco a poco su cuerpo dejó de hacer resistencia al puño que lo mantenía inmovilizado contra el muro.

—Quíteme esta mano del hombro, brigada —silabeó entre dientes.

Franz dio una orden en alemán a sus hombres, que corrieron a abrir las puertas, detrás de las cuales se veían los detenidos agarrados a los barrotes de las rejas.

Descalzo, con todo el cabello enmarañado y la camisa fuera de los pantalones, el general se plantó en mitad de la galería con los brazos alzados.

—¡Señores! —gritó—. ¡Señores!
¡Calma! ¡Un poco de calma, os lo ruego...! —Y se puso a recorrer el pasillo de un lado a otro—. ¡Hago un llamamiento a vuestra dignidad...!
¡Señores...! ¡Italianos...!

A la palabra «italianos», gritada en tono más alto, el tumulto, que ya había

comenzado a aplacarse, cesó del todo. Sólo siguieron oyéndose los estruendos de las bombas.

—¡Italianos...! ¡Compañeros...! — repitió el general—. ¡Dad ejemplo a quien pretende darnos lecciones de valor! ¡Demostrad lo que sois, lo que somos! ¡Nosotros no tememos estas bombas! ¡Cada una de ellas nos acerca la hora de la libertad...! Gritad conmigo, gritemos todos a una: ¡Viva Italia!

—¡Viva Italia! ¡Viva la libertad! — aullaron todos con el aliento que les quedaba. Y nuevamente la galería fue un averno. Sobre el fondo rojo del cielo que se veía por la gran cristalera, se

recortaba la silueta del general, sublime y ridícula a la vez, con sus pantalones de montar colgando sobre los pies descalzos y la camisa flameando fuera de la cintura. Franz, rojo de cólera, lo agarró otra vez del brazo y de un empujón lo metió en la celda, cerrando la puerta.

El general tropezó con un hierro del camastro y cayó encima de bruces. Pero ni siquiera pareció darse cuenta de la lesión. Un temblor le sacudía todo, como si fuese presa de un *shock* nervioso. Fuera, seguían los gritos entre el estallido de las bombas y el estridente silbato de Franz:

—¡Viva la libertad! ¡Viva Italia!

¡Viva el general! ¡Viva el general!

Este, tumbado aún en la cama, se tapó los oídos con las manos, haciendo con la cabeza que no, que no, que no...

Cuando Müller fue por la mañana a hacer la inspección, halló a de la Rovere sentado en el escabel junto a la mesita, por primera vez despeinado y sin afeitar. Quedándose en el umbral le dijo en voz alta, de modo que pudo ser oído por los de las celdas contiguas:

—Le doy las gracias, mi general, por la valiosa ayuda que dio anoche a mis hombres para devolver la calma a la galería...

El general, en vez de responderle, se refugió en un rincón donde nadie desde

fuera pudiese verlo, y le puso ante los ojos un libro abierto entre cuyas páginas había una nota escrita en letras de imprenta: «El viento sopla del oeste».

El coronel cogió el libro, lo cerró fingiéndose interesado por la encuadernación y preguntó quedamente:

—¿Cuándo lo ha recibido?

—Esta mañana.

—¿De quién?

El general titubeó.

—¿De quién? —insistió Müller con impaciencia.

—Del barbero... Un tal Banchelli.

—¡Ah...! Lo conozco. Es de los que no hablan.

—¿Qué hago ahora? ¿Qué hago? —

imploró el general con voz aterrada.

—¡Cálmese! Conteste con otra nota evasiva para ganar tiempo... —Y en voz alta—: Estoy desolado, general, pero nosotros no somos responsables de la biblioteca de la cárcel. Los libros estaban ya en este estado cuando nos hicimos cargo de ellos.

Y devolviéndole el que tenía en la mano, murmuró:

—Conteste: «Esperemos que el viento cese de soplar», y entregue la nota a Banchelli. Después... Espere... —se volvió hacia Franz, que permanecía afuera a respetuosa distancia, y le ordenó—: De hoy en adelante el general podrá salir al aire

libre con los demás detenidos. La vigilancia especial ha terminado.

Pero cuando llegó la hora del paseo y a los detenidos se les llamó a formar fuera de las celdas, el general se negó a salir de la suya. A través de la reja, los demás, desfilando por delante de él, lo vieron de espaldas, apoyado en el alféizar de la ventana. Y después que todos hubieron salido, cuando en la galería sólo quedaban los barrenderos, llamó a Ceraso y le rogó que cerrase la puerta.

Permaneció tumbado en la cama el resto del día, rechazando incluso el rancho de las once. Sólo por la noche se decidió a comer algo, y luego pidió al

vigilante que lo escoltase al retrete. En la puerta se cruzó con los tres ingleses, que, como él, estaban eximidos del orinal en la celda. Se apartaron cediéndole el paso, y Charles, que era el de más edad y mayor graduación, le dijo cordialmente:

—*Good evening, sir!*

Era la primera vez que los ingleses dirigían la palabra a un detenido italiano, y hasta los vigilantes se quedaron estupefactos. El general hizo con la mano un ademán de saludo algo cohibido y apresuró el paso. Pero la voz de Charles lo obligó a detenerse y volverse.

—General —dijo en un italiano un

poco dificultoso, pero correcto—, nosotros le admiramos mucho.

—Gracias, señores —respondió de la Rovere, y se encaminó hacia su celda.

Al día siguiente hizo llamar de nuevo a Banchelli para que fuese a afeitarlo. Y dado que ahora la vigilancia especial había terminado, Franz los dejó solos, o por lo menos así pareció. Con circunspección, mientras el tipógrafo le jabonaba la cara, el general le deslizó en el bolsillo un trocito de papel. Banchelli fingió no enterarse y siguió hablando de naderías.

Cuando hubo terminado, fue al retrete para lavar la navaja y la jabonera. Y, seguro de que nadie lo veía,

sacó la nota del bolsillo para meterla en la suela rota del zapato. Franz apareció en la puerta, seguido de dos de sus hombres.

Al salir esposado al corredor, el tipógrafo vio, enfrente, al general esposado a su vez entre otros dos SS y en pasmado silencio; todos los detenidos, desde sus puertas abiertas, los vieron desfilar así, uno detrás de otro, hacia la rotonda. No hubo comentarios ni susurros. Pero uno de aquellos mudos espectadores estaba mortalmente pálido. Pertenece al grupo de los siete recién llegados, y había sido inscrito con el nombre de Pietro Valeri, contable de la Banca Popular de Como.

Banchelli, cuando pasó ante su celda, no le dirigió la mirada.

A pesar de su flema, de tipo más bien británica que germana, esta vez Müller estaba francamente fuera de quicio.

—Pero ¿es posible que un veterano de la cárcel como usted, que ha estado encerrado cinco veces, no logre ni siquiera pasar una nota sin hacerse advertir? —decía al general, que estaba sentado delante de él, mudo y con la cabeza gacha como un colegial pillado in fraganti—. Ahora todos nuestros planes se han ido al traste... ¿No tiene de verdad ninguna idea de a quién hubiera entregado aquella nota

Banchelli? —Y como el general hiciera un signo negativo, abrió los brazos con ademán de resignación—. No me queda otra, pues, que hacer hablar a Banchelli. Y puesto que Banchelli no hablará no me queda sino tratar de obligarlo a ello... ¡Son cosas que me repugnan!

Pulsó un timbre, y al guardia que compareció inmediatamente le dijo en alemán:

—Llevad al prisionero a una celda de incomunicados, y que entre el otro.

El general salió con la cabeza baja y en la antesala vio al tipógrafo, esposado todavía, entre dos SS. Lo miró intensamente a los ojos, luego bajó la vista y siguió al guardia que lo

custodiaba.

Müller recibió afablemente al tipógrafo y enseguida le hizo quitar las esposas. Luego le rogó que tomase asiento y, desdoblado sobre el escritorio el mensaje, se lo puso bajo los ojos.

—Lo reconoce, ¿verdad?

—Sí, mi coronel. Pero lo que está escrito no lo sé porque no tuve tiempo de leerlo.

—Lo creo, lo creo, amigo Banchelli. Está escrito: «Esperamos que el viento cese de soplar», pero no le pregunto en absoluto lo que significa, pues probablemente esto usted no lo sabe... Estoy seguro, archiseguro, de que usted,

en toda esta maniobra, no era más que el cartero. Que no conoce el contenido de las cartas y ni siquiera conoce las señas. Estas son lo único que yo quisiera saber...

—Lo único que puedo decirle es el remitente...

—Claro... —Hizo una pausa para encender un cigarrillo. Luego se levantó y se puso a caminar de un lado a otro por la estancia—. Querido Banchelli, está usted condenado a muerte; ¿lo recuerda?

—¿Cree usted que se puede olvidar?

—No. Pero sí se puede recordar que no todas las penas de muerte se cumplen. A veces pueden ser

conmutadas por treinta años de prisión que, en circunstancias como las actuales, pueden reducirse hasta a pocos meses tan sólo... Yo le brindo la absoluta posibilidad de esa conmutación.

—Se lo agradezco, mi coronel. ¿Qué puedo hacer para merecerlo?

—Una cosa sencillísima: añadir a esta nota la dirección del destinatario.

El tipógrafo lo miró con expresión de ingenuo estupor.

—Dispense, mi coronel, pero ¿qué quiere usted que yo sepa? Me he encontrado en el bolsillo este trozo de papel. No sé con seguridad quién lo metió...

—Se lo metió el general. Lo ha

confesado él mismo, y no podía hacer de otro modo porque Franz lo había visto.

—Entonces, ¿por qué no le pregunta a él a quién iba dirigido?

—Usted no es ningún estúpido, Banchelli. Pero tampoco lo soy yo. Está claro que la nota iba dirigida a usted, puesto que la estaba escondiendo en la suela del zapato. En todo este asunto, su responsabilidad es mínima, casi sin importancia. Un detenido le pasa un mensaje para transmitirlo a otro detenido. No es más que una infracción del reglamento, merecedor tan sólo de un leve castigo disciplinario. Pues bien, yo no solamente le eximo de ese castigo, sino que le conmutó la pena de muerte si

usted me dice a quién iba dirigido.

—Se lo repito, mi coronel: sólo el general lo sabe.

—No lo dudo, pero él no es un hombre de los que hablan...

—¿Y cómo quiere que hable yo, si no lo sé?

Müller lo miró de arriba abajo, hizo un gesto de resignación y oprimió el timbre. Franz apareció a la puerta. A una señal del coronel, volvió a esposar a Banchelli y se lo llevó del brazo.

La celda en la cual se encerró al general era de las que en el lenguaje carcelario se conocían como *las tumbas de los vivos*, porque estaban en el subterráneo, medían metro y medio por

tres, y recibían luz y aire tan sólo de un minúsculo tragaluz del techo. Un catre monopolizaba todo el espacio, y en él yacía el general acurrucado hacía un par de horas, cuando la puerta se abrió y a través de ella dos soldados arrojaron, como un saco de patatas, lo que quedaba de Banchelli.

Anonadado, de momento el general ni siquiera se movió. Luego se acercó a aquel pobre cuerpo, doblado sobre sí mismo, envuelto en una manta, y arrodillándose a su lado, se puso a palparlo murmurando:

—¡Banchelli...! ¡Banchelli...! ¿Qué te han hecho Banchelli?

De la boca del desdichado, cuyo

rostro estaba tumefacto, salía un hilillo de sangre, pero ni una sola queja. Las manos estaban hinchadas y violáceas, los pies descalzos y llagados.

—¡Malditos! ¡Asesinos! ¿Qué te han hecho, Banchelli?

Con esfuerzo, Banchelli abrió los ojos y murmuró:

—No he dicho nada...

El general rasgó un faldón de su camisa, lo empapó en el agua de la jarra y se puso a limpiar la sangre que se coagulaba en la barbilla del tipógrafo.

—Banchelli, en el nombre de Dios, ¿qué te han hecho?

—¡No he hablado, mi general! No he hablado. Pero no sé si podré resistirlo

otra vez. Es terrible...

—Pero ¿por qué no hablaste?, ¿por qué? —prorrumpió el general, casi con rabia—. ¿Por qué has dejado que te pusieran así...? ¡No es justo!

Esta vez los ojos de Banchelli se abrieron con expresión de sorpresa y se clavaron en los del general.

—No hagas caso, perdón —dijo al tratar de incorporarle—, no sé lo que me digo... Ayúdate un poco,

Banchelli. Quiero ponerte sobre el camastro.

—No puedo, mi general. Déjeme aquí...

—Deja al menos que te ponga las mantas debajo.

—Gracias, mi general. Preferiría un poco más de agua en los labios y la cabeza... Es terrible, ¿sabe? No sé si otra vez podré...

—No habrá más veces, Banchelli. ¡No es posible!

—Usted no les conoce, si quieren saber algo...

—¿Por qué te has metido en eso, Banchelli? ¿Por qué me trajiste aquel mensaje? ¿Por qué te lo dio precisamente a ti?

—Porque sólo me conocía a mí en toda la galería... Pero no he hablado. Nadie sabe quién es. Nadie lo sabe, y nadie ha de saberlo.

—No, nadie. Ni yo tampoco quiero

saberlo. ¿Has comprendido, Banchelli?
Ni yo tampoco...

—No, ni usted tampoco, mi general.

—Échate y trata de descansar un poco... ¿Qué te duele?

—Todo, pero especialmente los brazos y las piernas. Debo de tener algo roto. Pero no he hablado, mi general.

—Ya sé que no has hablado, lo sé. Eres un muchacho valiente, Banchelli. Estoy contento de haberte conocido.

—Yo también, mi general.

—Echate; procura descansar. Mañana por la mañana verás como te encuentras mejor...

Se quitó la guerrera y se la puso enrollada debajo de la cabeza. Luego

volvió a acurrucarse sobre el camastro y allí permaneció de bruces mirando a Banchelli, que, en el suelo, de espaldas, parecía adormecido.

El sueño tardó en dominar su agitación.

Con la primera e incierta claridad del alba que se filtraba por el tragaluz, fue a despertarlo un soldado alemán que traía dos tazones de negro caldo. Sin pronunciar palabra, los puso encima de la mesita y salió.

El general se levantó para coger uno de los tazones y se lo llevó a Banchelli, que dormía con la cabeza tapada por la manta. Vaciló entre despertarlo o no; luego, le sacudió suavemente el brazo.

Banchelli no hizo el menor movimiento. El general empezó a sorber el caldo. Después, temiendo que se enfriase, sacudió nuevamente a Banchelli. Fue en vano. Lo llamó y volvió a zarandearlo. Finalmente trató de levantarle la cabeza, que tenía envuelta hacia la pared, y notó que su frente estaba fría como el mármol. Entonces, febrilmente, tiró de la manta, pero al hacerlo su mano tocó algo húmedo y viscoso, y se retiró chorreando sangre.

El general, horrorizado, se irguió de un salto. Banchelli lo miraba con ojos vidriosos. En la mano derecha sostenía la esquirra de vidrio con la que se había abierto las venas de la muñeca.

—¡Está muerto! —exclamó el general dando un paso atrás—. ¡Está muerto! —Y, de golpe, se abalanzó sobre la puerta vociferando—: ¡Está muerto! ¡Abrid! ¡Está muerto! ¡Asesinos...!

La noticia llegó a la galería casi inmediatamente, junto a la que pretendía que también el general había sido torturado hasta morir. La difundieron los tres ingleses, y fue su primer gesto de participación en las vicisitudes de los detenidos.

Dijeron asimismo haber sabido que las dos víctimas no habían despegado los labios y que el general había escupido un diente en la cara de su

verdugo gritándole: —¡Mándaselo a Hitler!

A estos detalles que pasaron de boca en boca durante la distribución del café, se añadieron otros al correr de las horas. Eran transmitidos de una celda a otra con el acostumbrado alfabeto Morse, golpeando las paredes con los nudillos.

La galería jamás estuvo tan silenciosa, tan ordenada y tan lúgubre como aquella mañana. Hasta Franz se dio cuenta de ello cuando fue a mandar la formación para el paseo al aire libre. Todos, al salir de sus celdas, permanecieron en pie ante la puerta mirando al brigada, que de momento

devolvió sus miradas con burlón descaro, pero luego pareció más bien cohibido y se puso a vociferar más rabiosamente de lo que solía: — ¡Adelante! ¡A formar! ¡Silencio!

Pero aquel «¡Silencio!», era más bien pleonástico, puesto que nadie abría la boca. Con los brazos cruzados y mirando al brigada, los prisioneros se encaminaron hacia la escalera. Pero al pasar ante la celda del general y la de Banchelli, abiertas y vacías, se santiguaron todos. Franz fingió no ver nada.

No vio siquiera, cuando volvió a conducir a los detenidos a la galería, que los camastros de los dos ausentes

estaban cubiertos de flores.

En el intervalo del paseo, los tres ingleses habían ido a cogerlas al jardín, y las llevaron allí con la complicidad de los vigilantes italianos, que simulaban no enterarse.

—¡La culpa es suya, sólo suya! Si usted no se hubiese comportado como un imbécil, el otro imbécil del brigada no hubiera descubierto el mensaje, y ahora nosotros sabríamos quién es Fabrizio, sin tropezarnos con un cadáver en los pies... Los cadáveres no son mi fuerte, se lo confieso... Y, además, ¿cree usted que quiero matar a Fabrizio? Cualquiera

idiota es bueno para que lo maten... Yo no quiero matar a nadie. Quiero tan sólo saber...

Müller se paseaba de un lado a otro de su oficina ante el general, quien, derrumbado en un sillón, pálido y sacudido por un temblor nervioso, parecía no oírlo siquiera.

—Escúcheme bien, Bertone. No quiero más víctimas. Desde por la mañana hasta la noche lucho con los fascistas, que me piden rehenes para fusilar. También le querían a usted, el otro día por un proceso ante el tribunal de guerra de Verona... Usted, de la Rovere, se entiende, usted, Bertone. Pero no fue por proteger su falsa

identidad que me negué a ello. No; me niego por principio. Hasta a Banchelli... su Banchelli, cuyo suicidio ahora correrá a mi cargo, había yo logrado salvarlo de la muerte a la que había sido ya condenado por sabotaje... Sabotaje, digo, no conspiración: hizo volar un tren de municiones, ese hombrecillo... Y él, el muy estúpido, se corta las venas para salvar la vida de un hombre al que yo no tengo la menor intención de quitársela. ¡Locos...! No sois más que un hatajo de locos, vosotros los italianos... Pero dejémoslo correr. El dilema, para mí, es claro. Un hombre, en mi puesto, ha de proporcionar a su mando las informaciones o el pellejo de los que se

niegan a darlas. No tengo otra opción. ¿Ha comprendido, Bertone? No tengo otra opción. Por lo tanto, ahora volverá usted a su celda, entre sus compañeros...

—¿Yo? —interrumpió Bertone, levantándose de un salto.

—Usted, por supuesto.

—No, mi coronel, quíteselo de la cabeza. Hágame deportar, si quiere... Hágame fusilar... Pero yo a la galería, entre esos que ahora lo deben saber ya todo, no vuelvo.

—¿Que no vuelve?

—No, mi coronel, no vuelvo, no puedo volver. Todos dudarían de mí, todos me acusarían de traición. Usted no

sabe lo que son las cárceles y lo que son capaces de inventar los detenidos contra los delatores. ¡Muy distinto a Banchelli...! No puedo volver, tras la muerte de aquel desgraciado, así...

Müller reflexionó un instante y luego movió la cabeza en sentido afirmativo.

—Justo, justo —dijo—. Así, en efecto, sería peligroso. Bueno, lo haremos de manera que usted vuelva más general aún y más acreditado que antes...

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Bertone.

—Va a verlo —respondió el coronel, pulsando el timbre.

Entró un plantón y, a una señal de

Müller, cogió del brazo al general invitándolo a levantarse.

Cuando ambos hubieron salido, entró otro plantón con un paquete y una carta.

—¿Qué es? —preguntó el coronel.

—Una señora lo ha dejado aquí para el general de la Rovere.

—¡Ah...! ¡Llévaselo a su celda!

Inmediatamente después del reparto del primer rancho, se difundió por la galería la noticia de que también el general había muerto a consecuencia de los malos tratos. Pero enseguida llegó un desmentido: no había muerto, sino que

solamente se desmayó de dolor, y ahora estaban esperando a que recobrase los sentidos para comenzar de nuevo. Mike Bongiorno, que había estado en la oficina de registro, volvió diciendo que habían llamado al médico de urgencia porque el general, a consecuencia de la paliza, sufrió un ataque al corazón. Estas noticias, transmitidas a golpe de nudillo, pasaban de pared en pared, sin turbar el silencio de la galería, tan grávido y preñado de cólera. Por ello, Franz dispuso que permaneciera en ella una patrulla alemana de guardia. El ruido cadencioso de aquellos zapatones claveteados hacía más lúgubre aún la sensación de espera que se cernía sobre

el gris corredor. Los hombres de la patrulla habían abierto las mirillas de las celdas para vigilar mejor a los presos y estaban estupefactos de verlos a todos sentados en los escabeles con la mirada fija en el vacío, como si obedeciesen a una consigna.

Sólo se movieron hacia las cuatro, cuando escucharon chirriar la reja que daba a la rotonda. Entonces corrieron a sus mirillas, esperando ver al general. Pero no vieron sino a un plantón con un paquete en la mano que entraba en la celda del ausente y que salía sin él. También este sorprendente episodio se transmitió de una pared a otra y llegó hasta quienes no pudieron presenciarlo,

y los comentarios se entrecruzaron. ¿Qué significaba aquel paquete, y qué contenía? Por otra parte, el hecho de que lo hubiesen depositado allí quería decir que había de volver el destinatario. A menos que el destinatario fuese un nuevo inquilino, aún en la calle. Sí, pero en tal caso no habrían dejado la cama, el lavabo y la mesa.

Las horas transcurrían en esta ansiedad. Los vigilantes italianos, bajo el control de los alemanes, no se atrevían a acercarse a las mirillas para dar informaciones de las cuales, por lo demás, carecían ellos también. Cuando la patrulla les volvía la espalda, alzaban los ojos al cielo para hacer comprender

a los detenidos que no se podía hacer más que esperar con resignación.

Con el alba comenzaron a declinar las esperanzas de volver a ver, al menos aquel día, al general, cuya llegada anunciaron los tres ingleses, volviendo del jardín, a Ceraso, al cerrarles éste la puerta.

—¡Viene! ¡Lo han torturado! —sopló éste a través de la mirilla de otro detenido.

—¡Viene! ¡Viene! ¡Viene! — repitieron en un instante todas las paredes de la galería—. ¡Torturado! ¡Torturado! ¡Viene! ¡Viene! ¡Viene!

Transcurrieron, lentísimos, algunos

minutos. Todas las mirillas de las celdas estaban pobladas de ojos desorbitados. Estos ojos vieron acelerar el paso a los hombres de la patrulla hacia la reja del fondo, que al poco rechinó.

El general apareció por detrás de la estatua de San Vittore que se alza en mitad de la rotonda. Pero no era él quien iba delante. Eran dos soldados que lo arrastraban casi en vilo aguantándolo por los sobacos. Las piernas, en vez de sostener el cuerpo, lo seguían. El rostro tumefacto y reclinado sobre el pecho aparecía surcado por relucientes regueros de sudor. En el momento de embocar la galería, el general, jadeante, se aferró a uno de los barrotes, como si

quisiera oponer resistencia. Todos atribuyeron ese gesto desesperado a la absurda vergüenza de mostrarse en aquel estado. Ahora él, con la expresión de un animal acosado, miraba ante sí el inmenso corredor vacío y silente.

¿Intuía la presencia de aquellos ojos que lo seguían desde las mirillas?

Los soldados le dieron un estirón, y la reja se cerró a espaldas del general. Bertone se apoyó en ellos exclamando algo que nadie entendió, pero que indujo a los soldados a soltar la presa.

—¡Adelante! —conminó Franz.

El general se apretó las rodillas dobladas con los puños, y lentamente logró erguir el busto.

Entonces, de improviso, de una celda en lo alto, se alzó una voz solitaria:

Hermanos...

Otras dos o tres voces se le unieron:

de Italia...

Unánime, solemne, amplio, cundió en aquel corredor gris y desierto el himno de Mameli.

El general pareció de momento como si estuviera aplastado. El busto volvió a doblársele, la cabeza se reclinó nuevamente sobre el pecho. Pero al intentar Franz hacer ademán de volver a cogerlo del brazo, se zafó de modo agresivo y se encaró con el alemán, su rostro desencajado mostraba una carcajada que era a la vez de rabia, de burla y de provocación. El brigada dio un paso atrás.

Del yelmo de Escipión...

Lo cantaba con ritmo lentísimo.

El general se secó el sudor de la frente, se pasó las manos por la guerrera arrugada y adelantó un pie, luego el otro.

El canto se hizo más lento aún para que pudiera acompañar con él su paso todavía incierto y vacilante.

¿Dónde está la victoria...?

El general avanzaba como tanteando el terreno, pero sin perder la cadencia.

La cabeza del general cesó de balancearse. Cada vez estaba más firme y más erguida a medida que sus piernas iban marcando un paso más apretado y

más seguro.

Que esclava de Roma...

Ahora caminaba acompasadamente, como al frente de un regimiento desfilando. Habría sobrepasado su celda si Ceraso, con el gorro en la mano, no hubiera estado manteniendo abierta la puerta.

Apenas el general la hubo franqueado, le faltaron las fuerzas y cayó de bruces sobre el camastro. Confusamente, oyó un rumor de aplausos que hacían eco en la galería, mezclado

con los pitidos y los alaridos de Franz. Notaba un olor a flores frescas, pero, sin darse cuenta, las había aplastado bajo su propio cuerpo.

Acabó sumido en una especie de modorra.

Era ya de noche cuando se despertó. La luz macilenta de una lámpara de petróleo iluminaba la celda.

La tenía sobre las rodillas Ceraso, sentado en el escabel a su lado. No se había movido de allí desde que Franz saliera. Tursini, desde fuera, montaba la guardia contra un retorno de los alemanes.

—¿Cómo se encuentra, mi general?
¿Quiere que le ayude a desnudarse?

—¿Qué hora es?

—Las diez.

—Las diez...

—¿Le han hecho mucho daño, mi general?

—Banchelli ha muerto...

—Lo sé.

—Se ha suicidado... para no hablar.

—Lo sé. Lo sabíamos todos.

—Se ha suicidado mientras yo dormía, y yo no me he dado cuenta... Pero no habló, ¿comprendes? Díselo a él.

—¿A quién?

—No lo sé. Díselo a todos...

—Ya lo saben, mi general. Siempre estuvieron seguros de que De Banchelli

no cantarí­a.

—Sí, ¿verdad...? Y... ¿y de mí?

—¿De usted, mi general?

Ceraso sonrió ante aquella pregunta que le resultó divertida.

—Echame un poco de agua por la cabeza, tengo la sensación de que va a estallarme...

Mientras obedecía, Ceraso dijo:

—Le han traído un paquete y una carta, mi general.

—¿Un paquete y una carta, a mí? ¿Quién lo ha traído?

—No lo sé. ¿Quiere verlo?

—Sí... No... No puedo volverme y me duele tener los ojos abiertos... Mira tú qué es...

Ceraso deshizo el envoltorio.

—Hay tres camisas —dijo—, un traje, seis pañuelos, un batín, dos calzoncillos y dos camisetas...

Para mostrárselo sin obligarlo a moverse de su posición de brucees sobre la cama, depositó el envoltorio en el suelo, abierto. El general alargó el brazo en el vacío, cogió al azar un pañuelo, lo desdobló y se acercó las iniciales bordadas a los ojos hinchados y salpicados de sangre.

Bajo una corona condal estaban las letras G. E de la R.

—Es lino —dijo Ceraso con admiración—, lino puro...

El general se lo pasó por la cara y se

sintió envuelto por un suave olor a agua de lavanda.

—Abre también la carta —dijo.

Ceraso despegó cautamente el sobre.

—Está la fotografía de su esposa y de sus hijos —dijo con voz insegura—. ¡Qué hermosos chicos...!

El general calló largo rato. Luego dijo:

—Lee, por favor...

Ceraso se aclaró la garganta:

Ginebra, 3 de julio.

Mi adorado, espero ardientemente que estas pocas líneas puedan llegar hasta ti.

He sabido de tu detención por nuestro cónsul aquí. Se lo he dicho también a los chicos. Han sido todos muy valientes, no han llorado. Tampoco yo he llorado. Hemos releído la carta que nos escribiste después del 8 de septiembre, y nos hemos repetido tus palabras: «Cuando no sepas cuál es el camino del deber, elige el más difícil». Los chicos están bien, en el colegio nos hacen honores. Rezamos por ti, y estamos a tu lado con el pensamiento y el corazón. En todo momento, en toda circunstancia, ocurra lo que

ocurra, quiero que sepas que me siento feliz de ser tu esposa y que no cambiaría mi destino por el de ninguna otra mujer. Tuya, para siempre,

Bianca Maria.

Hubo un largo silencio. El general parecía que durmiese. Luego, sin moverse, preguntó:

—¿Cómo decía aquella frase, Ceraso? ¿Elige el camino del deber...?

—Cuando no sepas cuál es el camino del deber, elige el más difícil — repitió de memoria el vigilante.

Hubo otro silencio.

—Reléeme toda la carta, por favor.

Ceraso obedeció. Luego esperó en vano que el general dijese algo. Se le acercó y, al verlo inmóvil, creyó que se había amodorrado de nuevo. Le puso la fotografía bajo el rostro que reposaba sobre el brazo doblado. Luego salió de puntillas.

El general no se movió. Pero, al poco, gruesas y pesadas lágrimas como gotas de mercurio comenzaron a caer sobre la fotografía.

Al día siguiente se negó a salir al aire libre porque, dijo, no se tenía en pie. Tal vez fuera verdad. Hacia el mediodía lo

mandaron al médico, quien no halló lesiones, más bien hematomas y dislocaciones por todas partes.

—Trabajaron bien —dijo con rabia—. ¿Cuántas veces se desvaneció, mi general?

—No me desvanecí.

—¿De veras? Le felicito. No quise creerlo cuando los demás detenidos me lo dijeron...

—¿Cómo lo sabían?

—No lo sé. Dicen también que usted le escupió un diente en la cara al verdugo y le dijo que se lo mandase a Hitler. No se habla de otra cosa en toda la cárcel... ¿Quiere que le haga ingresar en la enfermería?

—No.

—¿Por qué, mi general? Tiene derecho a ello. En la enfermería, créalo, se está mucho mejor.

—Ya lo sé, pero prefiero quedarme aquí con mis compañeros.

—Comprendo, mi general. Como quiera.

La noticia de esta negativa también se divulgó en la cárcel, que nunca como en aquellos días había estado tan silenciosa para no turbar el reposo del enfermo. Los barrenderos, cuando pasaban ante su celda, caminaban de puntillas. Y una sola vez Ceraso se avino a abrir la puerta: cuando dos de los últimos ingresados fueron

excarcelados porque se comprobó que eran efectivamente dos funcionarios del Gobierno de Saló como habían dicho, pero que no quisieron salir sin saludar al señor general.

Éste consintió en recibirlos y lo hizo con mucha afabilidad en presencia de los vigilantes. Los dos hombres estaban cohibidos e intimidados.

—Excelencia —dijo uno de ellos—, seguramente le sorprenderá esta visita de despedida. Nosotros militamos en el otro bando...

—No, no —sonrió el general—, no importa «dónde» se milita. Importa solamente «cómo»...

Estaba todavía en la cama. Tenía la

barba crecida, porque no se la había afeitado desde que murió Banchelli, y esto le hacía aparentar que estaba mucho más enflaquecido de lo que estaba en realidad. Junto a la cama, pegada a la pared con migas de pan, estaba la fotografía de su mujer con Gualberto y Ludovico y la carta.

—Mi general —dijo el otro visitante—, nosotros estuvimos muy mal aquí dentro porque todos los demás presos nos despreciaban. Y ahora nos despreciarán mucho más al vernos salir... Quisiéramos que usted no nos despreciara...

—Yo no tengo derecho a despreciar a nadie, ni siquiera a los alemanes... No

hay necesidad de despreciar ni tampoco de odiar al enemigo para combatirlo. Conque... ¿Volvéis a Saló, ahora?

—Sí, Excelencia —dijo el primero, tras un ligero titubeo—. ¿Sabe usted? Nosotros tenemos familia...

—Comprendo... Bueno, si veis a mi examigo y colega Graziani, decidle que le deseo una muerte de soldado, en el campo del honor... Quisiera poderlo respetar...

Y los despidió con un gesto amistoso, pero sin tenderles la mano.

Tres días después salió a tomar el aire con los demás. Como caminaba con

dificultad, toda la fila se adaptó a su paso, a pesar de las conminaciones de Franz. En el patio, se sentó en una banqueta, y los demás dejaron de ir de un lado para otro para no molestarlo, pasando continuamente ante él. El brigada, que mientras tanto se había personado en el mando, le dijo, al volver, que si tenía algo que comunicar o que pedir al coronel Müller, éste lo recibiría gustosamente, pues se hallaba en su oficina. El general respondió que no tenía nada que comunicar ni nada que pedir.

Aquella noche le quitaron la cama de la celda, el lavabo y la mesa. En adelante, dormiría en un camastro como

todos los demás e iría a lavarse en el sucio aguamanil de la galería. El general no formuló objeciones ni protestó. Pero al atardecer, llovieron siete mantas sobre la celda con las que pudo hacerse un improvisado colchón. Al día siguiente le pusieron un orinal, obligándolo a convivir con sus propios excrementos. También esto lo aceptó el general con desenfado, y sólo se opuso enérgicamente a los dos barrenderos que a la mañana siguiente intentaron eximirlo de vaciar el recipiente. Los rechazó con firmeza y fue a vaciarlo personalmente.

Cuanto más trataban los alemanes de humillarlo, más aumentaba el respeto en

torno suyo. Cuando Franz, un día, desde el fondo de la galería, se le dirigió llamándolo no ya general, sino «bandido badogliano», tras las puertas de las celdas estalló una bronca clamorosa que ningún pitido ni ninguna amenaza lograron acallar. El propio general prodigaba en vano, a través de Ceraso, de Sapienza y de Tursini, exhortaciones a la prudencia. Dos detenidos fueron sometidos a flagelación por un sonoro corte de mangas dedicado al brigada, quien, al fondo de la escalera, acuciaba al general, de regreso del paseo, para que subiese más ligero.

Todos, en cuanto podían, iban a llevarle algo. Los tres ingleses, que

tenían derecho a un racionamiento de cigarrillos, se pusieron a economizarlos para dárselos al general. Se los mandaban con regularidad por medio de Ceraso, con una rosa o un clavel. Para evitar castigos a sus compañeros y sustraerlos a las tentaciones, el general, pese a que el calor era sofocante, rogaba a los vigilantes de turno que mantuviesen su puerta cerrada. Pasaba horas caminando de un lado para otro de la celda, o bien sentado en el escabel con los ojos fijos en la fotografía de su mujer.

Un día pidió a Ceraso que le procurase a cualquier precio papel y lápiz. Cuando lo tuvo, pasó los días

escribiendo. Los tres vigilantes, que de vez en cuando entraban a preguntarle si necesitaba algo y se entretenían un poco con él, vieron que tenía entre las páginas de un libro tres sobres con tres señas: Para mi mujer, Para Ludovico, Para Gualberto. Los sobres se inflaban cada día más. Luego se les agregó otro: Para Su Majestad. Pero, a juzgar por el grosor, no debía de contener más de dos folios.

A la sazón, el general hablaba con frecuencia de sus hijos a los vigilantes. Decía que los quería a los dos por igual, pero reconocía albergar una debilidad por Gualberto, el más pequeño, tal vez porque, por su vivacidad, le causaba

más quebraderos de cabeza.

—Temo que le gusten un poco demasiado el juego y las mujeres, como me gustaron a mí de joven. No sé si tendrá la fortuna de dar con una mujer como la mía. Pero se me parece tanto...

Los vigilantes contemplaban la fotografía y reconocían que, efectivamente, Gualberto era el que más se le asemejaba. Entonces el general se ponía a enhebrar elogios de Ludovico, de su diligencia y ecuanimidad, como para hacerse perdonar la confesada parcialidad a favor de Gualberto.

No volvieron a llevárselo para un

interrogatorio. No obstante, la sorpresa fue mayúscula cuando lo trasladaron con muchos más al campo de concentración. Al principio se creyó que los habían enviado a Alemania. Luego se supo que habían sido destinados a Fossoli.

A él le consintieron también que se llevase consigo su escaso equipaje. Ceraso lo ayudó a empaquetar. El general no había querido usar nunca ninguna de las prendas interiores y el vestuario que su esposa le había mandado. Todo había permanecido, perfectamente planchado, dentro del envoltorio. Uno de los otros deportados se encargó de transportarlo. El general guardó consigo solamente la carta y la

fotografía.

Los presos que quedaban estaban todos detrás de los barrotes de las verjas, viéndolos pasar. Él los saludó uno por uno llevándose la mano a la sien, y se alegró al ver que ninguno de los cinco recién llegados formaba parte del convoy. Cuando pasó por delante de la celda de Pietro Valeri, éste le dijo:

—Me alegra poderle conocer por fin, general.

El general lo miró con una sonrisa, mas luego su rostro se puso grave como el de su interlocutor.

—Yo también —respondió— estoy contento de poder finalmente conocerle..., aunque mejor hubiera sido

encontrarnos en otro sitio.

—Sí —respondió Valeri.

—Dios le asista...

—Me ha asistido ya su valor, general. No le olvidaré nunca.

En el momento en que atravesaba la verja de la galería, un grito unánime de adiós salió de las celdas.

En el jardín, cuando le vieron subir al camión, los tres ingleses atacaron alegremente, a coro:

For he's a jolly good fellow^[3]

El general los saludó con un gesto de la

mano. Los tres ingleses respondieron:

Good bye, man

Cómo y por qué fue ordenada la represalia sobre sesenta y ocho deportados de Fossoli creo que jamás se ha sabido con exactitud. Se ha sabido tan sólo que un día los sacaron de los barracones y los alinearon contra un paredón para ametrallarlos.

El informe que algunos días después llegó a la mesa de Müller señalaba que el general, cuando supo la suerte que le esperaba a él y a sus compañeros, había

pedido solamente una cosa: poder vestir el traje que se le había mandado a la cárcel y que nunca se había puesto. Se lo concedieron y con aquella indumentaria, intacta y bien planchado, avanzó con paso seguro hacia su puesto. Un instante antes de la orden de fuego, de la Rovere se separó de la fila dando un paso adelante y gritó:

—¡Viva Italia! ¡Viva el Rey!

En sus bolsillos se encontraron las cuatro cartas adjuntas al informe: una *Para mi mujer*, una *Para Ludovico*, una *Para Gualberto*, una *Para Su Majestad*.

Müller las cogió, vio que estaban abiertas y las cerró. Y, llamando a su ayudante, le ordenó que fuesen

entregadas a la condesa Bianca Maria de la Rovere, por conducto del consulado italiano en Ginebra.

El ayudante del coronel Müller, que estaba al corriente de la intriga, lo miró verdaderamente asombrado: le parecía una burla de mal gusto y macabra.

—No, no —dijo Müller, moviendo la cabeza—, es el único modo de reparar el error que hemos cometido fusilando a ese hombre. Nosotros los alemanes juzgamos a este país por sus generales auténticos. Y es con los falsos que da su medida.

— **FIN** —

ADENDA: EL ÍDOLO DE SAN VITTORE^[4]

PRINCIPIA mi historia el día 1 de marzo de 1944 en que su excelencia el general Della Rovere, íntimo amigo del mariscal Badoglio y consejero técnico del general británico Alexander, fue llevado a la prisión de San Vittore y colocado en una celda frontera a la mía. Se empeñaba el movimiento italiano subterráneo por entonces en

desorganizar la corriente de reservas alemanas que marchaban al frente del Sur. Según supe, el general había sido capturado por los nazis en una provincia del Norte en momentos en que lo ponía en tierra un submarino aliado, para asumir allí las funciones de comandante de las operaciones de guerrilla. Me causó impresión el porte aristocrático del hombre. Hasta Franz, el brutal inspector germano de la prisión, se cuadró en actitud militar de atención ante él.

De todas las “fábricas de confesiones” que tenían los alemanes en Italia, la peor era la de San Vittore. Allí se llevaba a los prisioneros del

movimiento secreto italiano que habían resistido el primer interrogatorio “de rutina”. Allí el comisario Muller, de la Gestapo, y un puñado de especialistas de la SS —valiéndose de métodos celebrados en los anales de la tortura refinada—, arrancaban generalmente la información deseada hasta a los más obstinados.

Seis meses habían corrido desde el día en que me arrestaron. Había sido “interrogado” varias veces y me hallaba ya exhausto y desalentado, siempre pensando hasta cuándo podía resistir. En tal situación estaba, cuando un día uno de los guardianes italianos, Ceraso, descorrió el cerrojo de la celda y me

dio una sorpresa anunciándome que el general Della Rovere deseaba verme.

La puerta de la celda del general estaba, como de costumbre, sin cerradura ninguna. Además, el distinguido prisionero disponía de un catre, en tanto que nosotros dormíamos en tablas desnudas. Inmaculadamente vestido y con su monóculo en el ojo derecho, el general me saludó cortésmente:

—¿El capitán Montanelli? Ya sabía antes de desembarcar que lo encontraría a usted aquí. El Gobierno de Su Majestad se interesa profundamente por la suerte de usted. Confiemos en que, aún al caer delante del pelotón alemán

de fusilamiento, usted sabrá cumplir con su deber, el más elemental de sus deberes como oficial. Pero, por favor, no se incomode usted.

Sólo entonces me di cuenta de que había permanecido ante él en posición de “firmes”.

—Nosotros, los oficiales todos, vivimos vidas provisionales ¿no es así? —me dijo el general—. Un oficial es, como dicen los españoles, un novio de la muerte.

Se detuvo aquí. Mientras lo veía pulir el monóculo con un pañuelo blanco, pensé que en ocasiones los apellidos reflejan la personalidad de quien los lleva. Della Rovere significa

“del roble”, y este hombre, estaba claro, era de madera muy sólida.

—A mí ya me han sentenciado — continuó el general—. ¿A usted también?

—Todavía no, excelencia —contesté casi como si quisiera excusarme.

—Ya lo condenarán —dijo—. Los alemanes son rígidos cuando esperan arrancar una confesión, pero también son caballeros en su estimación por los que se niegan a confesar. Usted no ha hablado. ¡Muy bien hecho! Eso significa que se le hará el honor de fusilarlo de frente y no de espaldas. Le pido que persista en el silencio. Si se le somete a la tortura —no pongo en duda su fortaleza moral, pero la resistencia

física tiene sus límites— le insinúo que les dé un nombre: el mío. Sea cualquiera el acto que haya usted ejecutado, dígales que procedía en cumplimiento de órdenes mías... A propósito ¿cuáles son los cargos que le hacen?

Se lo conté todo, sin reserva ninguna. Su excelencia me oía como me oiría un confesor. De vez en cuando movía la cabeza en señal de aprobación.

—Su caso es tan claro como el mío—dijo en cuanto hube terminado—. A ambos se nos sorprendió mientras cumplíamos órdenes superiores. El único deber que me resta por cumplir es morir luchando en el campo del honor. No ha de ser difícil, creo yo, morir

decorosamente.

Cuando Ceraso me encerraba otra vez en mi celda le rogué que me mandara un barbero al siguiente día. Y aquella noche doblé con cuidado mis pantalones y los realcé el pliegue longitudinal con el listón de la ventana antes de tenderme a dormir sobre mi camastro.

Durante los días que siguieron vi que muchos prisioneros visitaban la celda del general. Al salir, todos parecían como erguidos; ninguno se mostraba ya abatido.

El ruido y el desorden en nuestro aislado sector habían disminuído. El número 215 dejó de dar los

desgarradores gritos con que se lamentaba por la suerte de su mujer y sus hijos, y mostró gran compostura cuando lo llamaron al interrogatorio. Ceraso me Contó que después de hablar con el general casi todos solicitaban un barbero y pedían peine y jabón. Los guardas de la prisión dieron en afeitarse a diario y aún trataban de hablar italiano castizo en vez del dialecto napolitano o siciliano. Hasta el mismo Muller, cuando pasaba revista a la sección encomiada, refunfuñaba la mejora general en cuanto a disciplina y decoro.

Lo mejor de todo era que la “fábrica de confesiones” ya no las producía. Los prisioneros persistían en su obstinado

silencio. Della Rovere les daba a todos fuerzas para resistir, como si las sacara de la gran provisión de su valor. Y su experiencia de prisionero le permitía darles, además, valiosos consejos.

—Las horas más peligrosas suelen ser las primeras de la tarde —les prevenía—. El solo anhelo de distracción puede hacerles confesar.

O bien les decía:

—No se queden ustedes con la vista fija en las paredes. Cierren los ojos de cuando en cuando y las paredes perderán el poder de ahogarlos.

Censuraba a quienes descuidaban el arreglo de la persona. “La limpieza”, les decía, “influye sobre la moral”. Sabía

que las fórmulas militares que usaban con él les afirmaban el orgullo. Por último, nunca dejó de recordarles sus deberes hacia Italia.

Alguno inquirió prudentemente cuál había sido la actitud del general durante el interrogatorio. El general se echó a reír y le contestó:

—Me interrogó mi viejo amigo el mariscal de campo Kesselring. Mi tarea era cosa sencilla porque Kesselring sabía de antemano todo lo que había que saber, con excepción, eso sí, de que me hallaba yo en un submarino británico cuando me cogieron.

—¿Y realmente usted se fiaba de los ingleses? —dicen que le había

preguntado Kesselring.

—¿Por qué no? —le había contestado—. ¡Si nosotros nos hemos fiado antes de los alemanes!

En general parecía gozar mucho recordando la escaramuza.

Después de poco tiempo comenzó a correr por la prisión el rumor de que el tal general era un contraespía, un delator al servicio de los alemanes. Los guardas de la prisión, aunque salidos de la escoria del régimen de Mussolini, sintieron que ya eso traspasaba los límites de la humillación. Acordaron entre sí vigilar al general constantemente; si resultaba ser el felón que se decía estaban resueltos a

estrangularlo.

En la mañana siguiente Della Rovere recibió al número 203, un comandante a quien se tenía por sabedor de infinidad de datos, pero que no había soltado palabra ninguna. Ceraso se quedó junto a la puerta de la celda y los otros guardas italianos vigilaban de cerca.

—Van a someterlo a extremas torturas —oyeron que le decía el general al comandante—. No confiese nada. Trate de no pensar; hágase fuerza para convencerse de que no sabe nada. El simple hecho de pensar en un secreto que usted guarda lo expone a que le salga de los labios.

El comandante escuchaba, pálido el

rostro, lo que el general le aconsejaba, como me había aconsejado a mí.

—Si se ve obligado a hablar, dígales que cuanto hizo lo realizó en cumplimiento de órdenes mías.

Aquella misma tarde, y como para darle satisfacciones, Ceraso le llevó a su excelencia unas pocas rosas, regalo de los guardas italianos de la prisión. El general aceptó cortésmente las flores; no pareció tener la menor idea de que se había desconfiado de él.

Una mañana se presentaron en la prisión los alemanes a llevarse a los coroneles P. y F. antes de ser conducidos al patio se les permitió satisfacer su último deseo: decirle adiós al general.

Los vi cuadrados a la puerta de la celda. Aunque no oí lo que el general les decía, vi que ambos oficiales sonrieron. El general les estrechó la mano, cosa que nunca le había visto hacer. Entonces, como si de pronto se hubiese dado cuenta de la presencia de los alemanes, se cuadró, levantó la mano y saludó. Los prisioneros le devolvieron el saludo, y girando sobre los talones marcharon a recibir la muerte. Supimos después que ambos, ya ante el pelotón de fusilamiento, gritaron: “¡Viva el Rey!”.

Aquella tarde fui sometido a nuevo examen. El comisario Muller me dijo que mi suerte dependía del resultado de este interrogatorio. Que si persistía en

mi silencio... Me quedé mirándolo con ojos desmesuradamente abiertos, y, sin embargo, no podía oír nada, ni siquiera podía verle distintamente. En vez de su imagen se me representaban los rostros pálidos y tranquilos de los coroneles P. y F., y la cara sonriente del general. Oía una voz tranquila que me susurraba al oído: novio de la muerte... deber elemental de un oficial morir luchando en el campo del honor. En vano me sometieron los alemanes a un interrogatorio de dos horas. No se me hizo sufrir tortura alguna, pero si así hubiera sucedido habría sido capaz, creo, de mantenerlo oculto todo. De regreso a mi celda le pedí a Ceraso que

me dejara detenerme en la de su excelencia.

El general hizo a un lado el libro que se hallaba leyendo y fijó en mí su mirada investigadora, en tanto que yo permanecía militarmente cuadrado. Entonces, antes que yo hablara, se expresó así:

—Sí; así esperaba que procedería usted. No podía haber obrado de otra manera —se levantó de su asiento y continuó—. No tengo palabras para expresar todo lo que quisiera decir, capitán Montanelli, pero puesto que no hay nadie más que tome nota de nuestro comportamiento, que sea este honrado guarda italiano testigo de lo que

decimos en nuestros últimos días. Que escuche cada una de nuestras palabras. Estoy bien satisfecho, capitán. Estoy verdaderamente contento. ¡Bravo!

Aquella noche me sentí realmente solo en el mundo. Pero mi amada patria me parecía más cerca, más cara a mi corazón y más real que nunca.

No volví a ver más al general. Solamente después de la liberación tuve noticias de su fin. Uno de los supervivientes de Fossoli me refirió la historia.

Fossoli era un notorio campo de exterminio en donde los medios de dar la muerte eran complejos y muy diversos. Cuando se trasladó allí al

general Della Rovere con centenares de prisioneros de un tren blindado, mantuvo él siempre su dignidad. Iba sentado sobre un montón de morrales que los demás habían juntado para que pudiera descansar. Se negó a levantarse cuando un funcionario de la Gestapo inspeccionaba el tren. Aún cuando el nazi le dio una bofetada y le gritó: “Yo te conozco, Bertone, grandísimo cerdo” permaneció inmutable. ¿Para qué explicarle a este ignorante alemán que su nombre no era Bertone, sino Della Rovere, que era general de un cuerpo de ejército, íntimo amigo de Badoglio y consejero técnico de Alexander? Sin alterarse recogió su monóculo y se lo

puso de nuevo. El alemán se marchó maldiciendo.

Una vez en Fossoli, el general no volvió a disfrutar de los privilegios que se le concedían en San Vittore. Lo alojaron en un cuartel común con todos y le pusieron a trabajar como a los demás. Sus compañeros de prisión trataban de ahorrarle el desempeño de los oficios más bajos y se turnaban para reemplazarlo; pero nunca él trataba de evadirse de cumplir su tarea, por difícil que fuera para un hombre que ya no era joven. Por las noches les recordaba a sus camaradas que no eran delincuentes, sino oficiales militares. Y ellos, mirando el relumbrante monóculo y

oyendo la voz del general, sentían el ánimo más levantado.

La carnicería que se hizo en Fossoli el 22 de junio de 1944 pudo haber sido una represalia por las victorias aliadas cerca de Génova. Sea como fuera, por órdenes recibidas de Milán se sacaron 65 hombres de un total de 400 prisioneros. A medida que un tal teniente Tito leía la lista, el condenado, al oír su nombre, daba un paso al frente de la formación. Cuando llamó “Bertone” nadie se movió. “¡Bertone!”, rugió el teniente mirando fijamente a Della Rovere. Su excelencia no se dio por notificado.

¿Quería Tito mostrar indulgencia

hacia el sentenciado? Nadie podría afirmarlo.

En todo caso, sonrió de pronto. “Muy bien, muy bien”, dijo, “Della Rovere, así me gusta”.

Todos se quedaron conteniendo el aliento mirando al general, quien sacando el monóculo del bolsillo y limpiándolo con notable fuerza en la mano, se lo aplicó alojado derecho, y con toda calma le contestó al oficial: “General Della Rovere, si hace el favor”, y se unió al grupo.

Se les aherrojó con esposas a los 65 destinados al suplicio, y enseguida se les condujo hasta el pie de la muralla. A todos se les vendaron los ojos, menos al

general, que porfiadamente rechazó la venta y obtuvo que se accediera a su deseo. Mientras se colocaban cuatro ametralladoras en la posición correspondiente, su excelencia dio unos pasos adelante de la fila, y con ademán altivo y resuelto y en voz firme y sonora, habló así: “Señores oficiales: en los momentos en que arrostramos el último suplicio, vayan nuestros pensamientos de fidelidad a la amada Patria. ¡Viva el Rey!”.

Tito ordenó “¡fuego!”; las ametralladoras dejaron cumplida la orden. El cuerpo del general fue sacado en su féretro, siempre portando su monóculo.

La verdadera historia del general Della Rovere, que viene a conocerse después de su muerte, es una serie de episodios, casi increíbles, de heroísmo y sustitución de personas. Porque es lo cierto que el ídolo de San Vittore no era tal general. Ni Badoglio ni Alexander oyeron hablar de él jamás. Y no se llamaba Della Rovere.

Era un tal Bertone, natural de Génova, ladrón y estafador, huésped presente de la cárcel. Los alemanes lo habían arrestado por un delito de menor importancia, pero durante el interrogatorio de rigor habían llegado a descubrir que el hombre tenía soberbias dotes naturales de actor. Por su falta de

escrúpulos y sus disposiciones de comediante lo creyeron ideal como agente para embaucar a los guerrilleros presos y obtener de ellos informes útiles.

Bertone se mostró listo para celebrar el trato. Procedería como se le pedía a cambio de un tratamiento de preferencia en la prisión y de que se le pusiera pronto en libertad. Los alemanes inventaron la historia de Della Rovere y le enseñaron bien el papel que debía representar.

Una vez enviado Bertone a San Vittore pidió, y se le concedió, un corto plazo con el fin de ganarse la confianza de los hombres a quienes iba a hacer

víctimas. Pero Bertone era más astuto de lo que los nazis creían; iba resuelto a no engañar sino a los mismos alemanes.

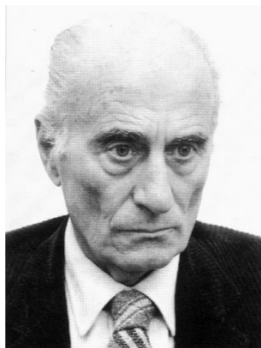
Y ocurrió entonces la sorprendente transformación. Bertone, desempeñando el papel del general Della Rovere, se convirtió en Della Rovere de verdad. Emprendió una tarea sobrehumana: hacer de San Vittore una prisión a prueba de confesiones y de inspirar a los allí reunidos fortaleza para hacerle frente a su destino. Y por su presencia imponente, su impecable pulcritud, por los altos quilates de su valor y su fe, trajo un nuevo sentimiento de dignidad y de propia estimación de esos pobres seres allí encarcelados.

Pero al fin comprendió que el plazo convenido tocaba a su fin. El comisario Muller iba mostrándose más y más impaciente con tanta demora. ¿Por qué no aparecían las confesiones? Cuando “Della Rovere” me habló aquel último día en su celda y le pidió a la guardia que fuera testigo de sus palabras, sabía que todo había terminado, que ésta era la única manera de que el mundo de que lo separaban esos muros pudiera conocer algún día su historia; el único medio de que Italia supiera que él había sido fiel a la Patria.

El 22 de junio de 1945, primer aniversario de la carnicería de Fossoli, de pie en la catedral de Milán

observaba yo al Cardenal —príncipe arzobispo de esa archidiócesis— consagrar los ataúdes de los héroes sacrificados en esa prisión. El Cardenal sabía de quién era el cuerpo que yacía en el féretro marcado Della Rovere. Sabía también que nadie tenía mejor derecho al título de general que el ocupante de esa caja, el antiguo ladrón y huésped de cárceles.

Indro Montanelli



INDRO MONTANELLI (Fucecchio, Florencia, Italia, 22 de abril de 1909 - Milán, Italia, 22 de julio de 2001). Es considerado como uno de los más grandes periodistas y escritores italianos. Toda su vida estuvo marcada por la lucha frente a cualquier forma de totalitarismo, haciendo gala de un

acertadísimo análisis político tanto de la derecha como de la izquierda.

Notas

[1] En español en el original (*N. del T.*).

<<

[2] Calle estrecha entre edificios altos, típica de las ciudades y pueblos de Liguria (*N. del E.*). <<

[3] Es un muchacho excelente. <<

[4] Relato de Indro Montanelli, que forma parte del libro «*Historias secretas de la segunda guerra mundial*» (publicado en la revista selecciones del Reader Digest, España 1960 y no incluido en la versión impresa de este libro). (N. del E.). <<